

EL PAPEL DE CERCEDILLA

Nº1 • TEMPORADA II • SEPTIEMBRE 2018

Arte y naturaleza • Miguel Ángel Blanco
Unamuno en Cercedilla • Pino silvestre
Teatro Montalvo y Le Corps d'Ulan
Araceli Tabanera • Montañas



Cercedilla inédita

Nuestros orígenes,
ocultos detrás de una errata



EL PAPEL DE CERCEDILLA

Revista de la Fundación Cultural de Cercedilla



Patronato y consejo editorial

Francisco Cifuentes Ochoa
Eduardo Acaso Deltell
Eduardo Capuz Suárez
Jesús Escurín Campos
Javier López Iglesias
Francisco Tomás Montalvo Palazuelos
Ángel Ranz Herranz
Virginia Rodríguez Cerdá
Rafael Sánchez-Mateos Paniagua

Edición

Virginia Rodríguez Cerdá

Imagen, diseño y composición

Daniel García Pelillo

Corrección

Abril G. de Enterría

Impresión

Imprenta Rosa

© DE LOS TEXTOS Y LAS IMÁGENES: sus autores, 2018
© DE LA EDICIÓN: Fundación Cultural de Cercedilla, 2018
Calle de los Registros, 56, 28470, Cercedilla

ISSN 2605-3365
DEP. LEGAL M-28551-2018

Con la colaboración del Ayuntamiento de Cercedilla



Ilustraciones de cubierta de Daniel G. Pelillo a partir de la escultura de Rafael Muyor dedicada a Paquito Fernández Ochoa en Cercedilla

EDITORIAL

Desocupado lector:

Sin juramento nos podrías creer que quisiéramos que esta revista fuera la más hermosa, la más gallarda y más discreta que pudiera imaginarse... Pero esto ya lo dijo otro.

Tenemos, eso sí, nobles ancestros. Entre los años 44 y 47 del siglo pasado, un periodista que veraneaba en Cercedilla —de apellido Ravé y nombre olvidado— publicó ocho números de una revista que tituló —valórese la eficacia de lo simple— *Cercedilla*, primera publicación local de cultura y sociedad: nuestra abuela. Después, entre 1988 y 1990, un grupo de amigos (Teresa Villena, Carmen García Candel, Mariano Cifuentes, José Chinchurreta, Pedro Cid, Tomás Montalvo y Paco Acaso, entre otros) editaron, con una periodicidad mensual, *El Papel de Cercedilla*: nuestra madre, que nos ha dado el nombre y la intención.

Desde el principio, la razón de ser de la Fundación ha sido la promoción de la cultura en el pueblo, de la cultura en su sentido más amplio, en sus diversas manifestaciones artísticas, científicas y sociológicas. Y de eso va esta revista.

Queremos que *El Papel de Cercedilla* sea un medio para compartir las muchas expresiones culturales que suceden en este pueblo, un medio para tomar conciencia de la riqueza que atesoran sus vecinos. Todos sus vecinos, los de abolengo parrao, los que han elegido vivir aquí y trabajar en Madrid, y los que han venido a parar a este lugar entre las montañas desde Marruecos, Bulgaria, Ecuador o Rumanía.

Tenemos de todo: músicos, artistas plásticos, historiadores, científicas, filósofos, amas de casa, comerciantes, ganaderos, jubilados, bailarinas, poetas, montañeros, escritores, fruterías, deportistas, librerías y carniceros. Y los que están por llegar. Para todos hay espacio aquí.

Nos gusta vivir la cultura como forma de ocio y entretenimiento, pero también como herramienta de autoconocimiento y emancipación que nos plantee preguntas incómodas y fomente el pensamiento crítico.

No tenemos ánimo de lucro (si acaso algún problemilla de financiación), solo deseamos participar del relato cultural y del tejido social del pueblo. Miramos con curiosidad y afecto nuestro pasado y nos estimulan los cambios que trae el presente.

Hemos juntado en este número todos los peces que han caído en nuestras redes y presentamos el resultado como la primera línea de una conversación que deseamos larga y cargada de sentidos. El lector tiene ahora el turno de palabra.



Colaboran en este número

Textos

Paco Cifuentes
Rafael SM Paniagua
Miguel Ángel Blanco
Pablo Muñiz
Ángel Ranz Herranz
Rafael Reig
Iñaki López Martín
Javier López Iglesias
Manuel Peinado
Jonathan Gil Muñoz
Tomás Montalvo
David Julián (Le Corps d'Ulan)
Edu Capuz
Pedro Sáez
Luis Mateo Díez
Abderramán El Matawi
Virginia Rodríguez

Imágenes

Juan Triguero
Miguel Ángel Blanco MAB
Javier Campano
Daniel G. Pelillo
Rafael SM Paniagua
Francisco Velázquez
Esther Tomás Gabriel
Aguilar
G. H. Alsina
Luis Monje
pepe h
Gustavo Recuero
Marta Estévez Fuster
David Sánchez

Agradecemos a María O'Shea las críticas constructivas al diseño, y a Antonio Galán la revisión del texto en árabe.

Esta publicación es un medio abierto a colaboraciones de diversa procedencia: las opiniones expresadas en los artículos corresponden a sus autores y no tienen por qué coincidir necesariamente con las del consejo editorial ni con posiciones defendidas por la Fundación Cultural de Cercedilla

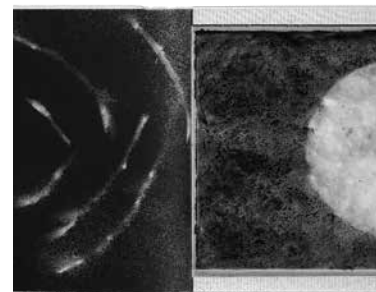
4. DESDE LA COCINA
BAMBI Y LA ABUELA PETRI

por *Paco Cifuentes*



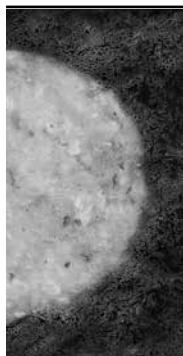
6. NATURANS/NATURATA
EL PACTO SECRETO

por *Rafael SM Paniagua*



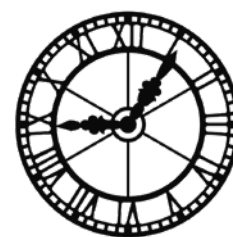
12. NATURANS/NATURATA
LA BIBLIOTECA DEL BOSQUE

Miguel Ángel Blanco



14. LOS TIEMPOS QUE CORREN
por *Tomás Montalvo*
HABLA...

MARI CARMEN LÓPEZ por *Ángel Ranz*



15. ¿PERIÓDICOS TIENEN?
por *Rafael Reig*



16. CERCEDILLA INÉDITA
NUESTROS ORÍGENES, OCULTOS DETRÁS DE UNA ERRATA
por *Iñaki López Martín*



27. TAMBIÉN...
UNAMUNO

por *Javier López Iglesias*

28. PLANTAS DE AQUÍ
PINO DE VALSAÍN

por *Manuel Peinado*



38. RETRATOS
ARACELI TABANERA

por *Edu Capuz*

42. MONTAÑAS CONTADAS
LEFKA ORI

por *Pedro Sáez*



48. AQUÍ LEJOS
ESTA TIERRA هذه الأرض

por *Abderramán El Matawi*

35. AIRES SERRANOS por *Jonathan Gil*

36. TEATRO MONTALVO por *David Julián*

41. ARTESANOS por *Virginia Rodríguez*
y *Rafael SM Paniagua*

45. UN DESVÁN EN CERCEDILLA por *Luis Mateo Díez*

46. EL LABERINTO por *Pablo Muñiz*

47. LO QUE PINTA *David Sánchez*



BAMBI Y LA ABUELA PETRI

Paco Cifuentes Ochoa

Esta sección no va de recetas. En la primera etapa de El Papel de Cercedilla había una sección gastronómica a cargo de Irene Gómez, y nunca podría competir con ella. Esta sección va de las historias que se cuentan en las cocinas.

Tengo cincuenta y seis años. Mi madre tiene ochenta y uno y mi padre ochenta y seis. Viven en Las Praderas, en el camino hacia Las Dehesas, y voy a verlos a menudo. Nos sentamos en la mesa de la cocina y empezamos a hablar. Es una tradición de mi familia y creo que de muchas más.

Empezamos a hablar y mis padres se vuelven más jóvenes, a veces incluso niños, y en el ansia de bajar el tobogán que les lleva a la infancia se quitan la palabra el uno al otro para atrapar en una frase algún recuerdo que acaba de cruzarles la mente, antes de que vuelva a levantar el vuelo.

En la cocina, mi madre me cuenta historias del mundo que ella conoció y que ya no existe más que en su memoria y en la memoria de los que vivieron aquellos años. Las historias que oía en la casa de los abuelos, en la que vivió hasta que se casó. Todavía me acuerdo de aquella casa. La cocina era el lugar de reunión de la familia, el más calentito, con un enorme fogón que se alimentaba con carbón y leña. Allí estaba el arcón, en donde se guardaba el pan y no sé cuántas otras cosas, que nos servía de asiento o de cama, y un banco en el que nos sentábamos a la mesa.

Y allí escuchaba mi madre las historias que contaba su padre, el abuelo Paco,

pero también las que contaba la variada fauna que recalaba en aquella casa: el capador, los enanos toreros, los gorrineros, el sastre que venía una vez a la semana o algunos de los músicos de la orquesta que tocaban en el As.

Esta sección pretende rescatar esas historias que siempre se han contado en las cocinas, sobre los quejidos del fuego. Está abierta a todo el que quiera participar: contadme vuestras historias y yo las pondré negro sobre blanco, o suplantadme directamente, así nos reímos más.

En homenaje a mi madre os cuento la primera historia: se la conté a mis hijos hasta la extenuación cuando eran pequeños. Voy a titularla: «Bambi y la abuela Petri».

Cuando era mocita, con doce o trece años, mi madre cazó un corzo, aunque ella dice que era un ciervo, y para no discutir lo dejaremos en un cérvido.

Iba a repartir los pedidos de la frutería a Camorritos. Cogía el tranvía a primera hora, con la Maxi, que repartía pan, y, además de los pedidos, subía una caja de huevos para vender por la colonia. Al tranvía la acompañaba el tío Eugenio, que le ayudaba a acomodar toda la mercancía porque el funicular, como decían los señoritos

lechuguinos, se llenaba hasta los topes, y los últimos paquetes tenía que alcanzárselos por la ventana.

Al llegar a Camorritos había un ejército de domésticas esperando al tren, pero no para subirse, sino para recoger los pedidos de sus señoritos, y mi madre, o sea, la Petri, después de cobrar el estipendio, cargaba con la caja de huevos hasta la casa de los guardas (Rosa y Bienvenido), muy cerca de la cabaña de Chispolo, que siempre la obsequiaba con alguna ingeniosidad que le hacía ponerse colorada.

La casa de Rosa era el centro de operaciones de mi madre; allí dejaba la caja de huevos, colocaba varias docenas en una cesta e iniciaba su recorrido rutinario, primero la *rive gauche*, por el camino de las Encinillas, y después, tras volver a llenar la cesta con otras tantas docenas en casa de Rosa, la *rive droite*, hasta que lograba vender todo el material.

Aquella mañana había vendido su primera cesta y andaba por Villa Avelina (donde unos años más tarde cuentan la leyenda y Manuel Vicent que se tomó una paella la Pasionaria), saltando una alambrada para atajar, cuando se encontró con los ojos del cervatillo primero y después con el cervatillo en su conjunto,

que no era mucho, y que debía de ser casi un recién nacido, a juzgar por la torpeza de sus movimientos. Mi madre, que en aquel tiempo tan solo era Petrita, una Ochoína, calculó que podía darle alcance y allá que fue, pero el cérvido no era tan torpe como parecía y no tenía intención de dejarse atrapar.

A mis hijos les digo que siempre hay que andar mirando hacia delante, pero aquel Bambi seguramente no había tenido tiempo de recibir tan sabias enseñanzas y corría mirando hacia atrás, hacia mi madre, la Petri, que vio con estupefacción cómo se precipitaba a la piscina, todavía a medio llenar, del chalé del afamado pediatra Pérez de Diego. Y allí fue presa fácil para aquella niña que me cuesta imaginar como mi madre, a la que le latía enloquecido el corazón (del corazón del pobre corzo mejor ni hablamos).

Entiendo que el cervatillo no hiciera mayores intentos por huir, porque en el regazo de mi madre se está como en la gloria, que yo lo sé, aunque ya casi no me acuerdo. Como todavía quedaban huevos por vender, Petrita le pidió a Rosa una cuerda para atar al corzo en lo que terminaba la faena y, loca de contento y nerviosa por su hazaña, partió a toda prisa con la cesta hasta arriba, cavilando sobre la capacidad de adaptación del ciervo y sobre cómo serían sus relaciones con las gallinas, las ocas, los conejos, el burro, el caballo y los cerdos que poblaban el corral de su casa.

En aquellos años se llevaba mucho el ceño fruncido, la cara triste y el gesto adusto, por el miedo, el frío o la pobreza, que de todo eso había para hartarse, pero mi madre durante toda la mañana estuvo risueña, sin importarle los comentarios hirientes de aquellas marmotas que elegían los huevos más gordos para sus señoritos y descontaban del precio el que, según ellas, había salido con pollo la semana anterior.

Al volver a casa de Rosa, a la Petri, o sea, a mi madre, le dio un vuelco el corazón al comprobar que el cervatillo no estaba donde ella lo había atado y corrió casi llorando a preguntar qué había pasado.

Fue el marido, Bienvenido, quien le contó que al corzo se lo había llevado a su chalé don Alfonso Rivera de Aguilar, a la sazón director general de RENFE. Bienvenido era guarda forestal y le explicó que los animales salvajes no eran de nadie y que no podía cogerlos cualquiera y llevárselos a casa, pero Petrita no se dejó amilanar y razonó que si no era de nadie por qué se lo había llevado a su casa don Alfonso, y como no le convencían los argumentos del guarda, ni corta ni perezosa se acercó al palacete donde veraneaba el preboste.

Pidió, con mucha educación, hablar con don Alfonso, y cuando este la hizo pasar a su estudio, enseguida le expuso el motivo de su queja, que ella había cazado al cervatillo y que, por tanto, el cervatillo era de ella. El director general de RENFE no estaba acostumbrado a que le hablaran de aquella manera, pero no podía dejar de admirar a aquella mocosa que le plantaba cara y, con tono paternalista, le anunció los planes que tenía para el corzo: le iba a hacer traer una pareja y construiría un corral solo para ellos, y mi madre podría subir a visitarlo siempre que quisiera. Además, se sacó doscientas pesetas del bolsillo y se las entregó como recompensa.

A mi madre le hubiera gustado tirarle aquel dinero a la cara, pero ya sabía cómo andaba el patio en casa y solo gritó enfurecida que aquello era una felonía desaforada. Así lo dijo, *felonía desaforada*, que de alguien tiene que venirnos el gen del extenso vocabulario, y es que la Petri era la más lista de la clase de doña Virginia, como le recuerdan a Mercedes las señoras en el aula de adultos.

Después salió corriendo, con los ojos nublados, sujetándose los pechos incipientes con las manos porque le molestaba un poco el bamboleo, y aún tuvo que aguantar que Chispolo le gritara: «Ochoína, ¿se te ha perdido alguna?». Pero no quiso parar a responderle, como hacía casi siempre, porque no estaba para bromas ni para risas.

En casa las doscientas pesetas fueron muy bien recibidas por la abuela María, y la tía Mari aseguró que ella le hubiera sacado quinientas a don Alfonso, y el abuelo Paco, que hablaba poco pero entendía muy bien a mi madre, o sea, a su hija, le prometió que subirían los dos en el caballo cada quince días para ver al corzo y comprobar si se cumplían los planes del preboste, que, dicho sea de paso, se cumplieron.

Me quedan muchas historias que contar sobre mi madre, aquella niña, Petrita, la Petri, que tuvo once hijos y ya va por veintitrés nietos y dos bisnietas, pero esta ha sido la primera porque

ella me ha dicho que aquella mañana fue la más feliz de su niñez y que algunas noches se despierta abrazando muy fuerte al cervatillo, para que no se escape.

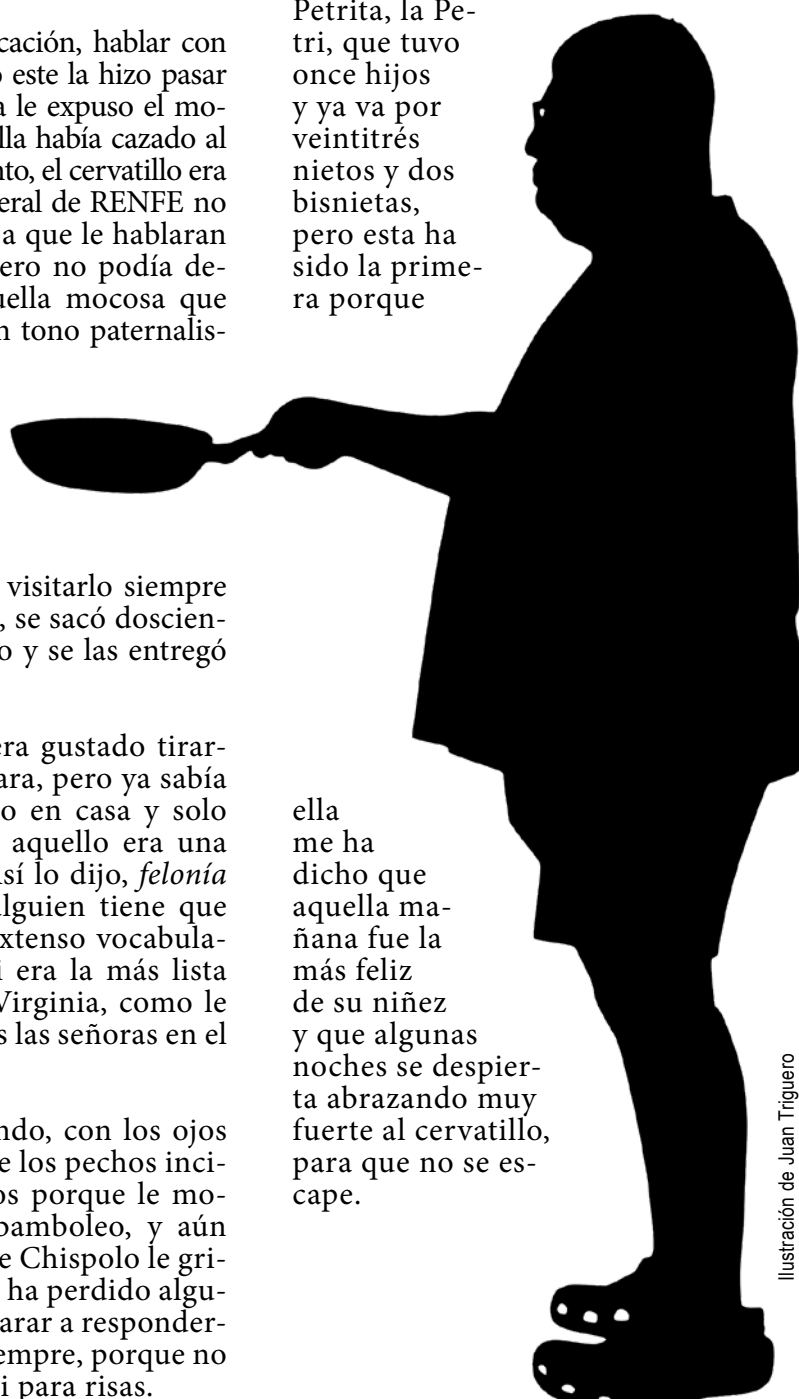


Ilustración de Juan Triguero

EL PACTO SECRETO

Rafael SM Paniagua

Entre la naturaleza y el arte existe un pacto secreto que el título de esta sección, pese a la erudición que afecta, quiere revelar desde el primer momento. En el fondo se trata de un secreto sabido (aunque pueda ser ignorado) por todas aquellas personas que sienten inclinación por crear y lo hacen en contacto con la naturaleza.

Para la filosofía medieval, *naturans* era Dios mismo en cuanto principio creador de todas las cosas. Los descreídos podemos llamarlo simplemente amor, fuerza creadora, energía vital, agujero blanco... *Naturata*, por su parte, es lo que se desprende de esa fuerza creadora, de ese alumbramiento, esto es, lo creado, los mundos, las criaturas y las cosas cuya existencia son el resultado de la fuerza de *naturans*.

Sin embargo, los más místicos de los filósofos antiguos que convinieron este dualismo también afirmaban que entre *naturans* y *naturata* existe forzosamente una complicidad e interdependencia, pues la fuerza creadora debía estar presente también en lo creado, de modo que los mundos y criaturas se constituyen también como fuerzas creadoras.

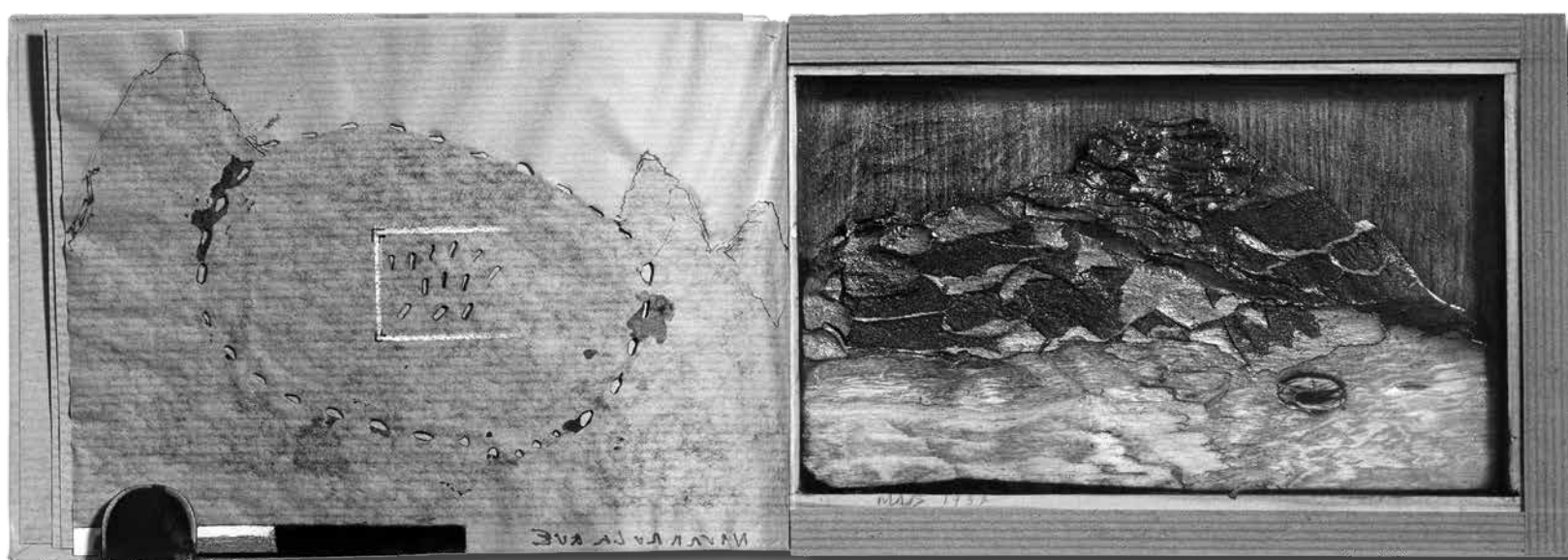
Esta visión medieval de la naturaleza es enormemente inspiradora hoy para evitar, por ejemplo, interpretar el arte

como aquello que distingue a los humanos del resto de la naturaleza, pues las personas creamos en la misma medida en la que ella crea, o mejor dicho, podemos crear porque somos también naturaleza.

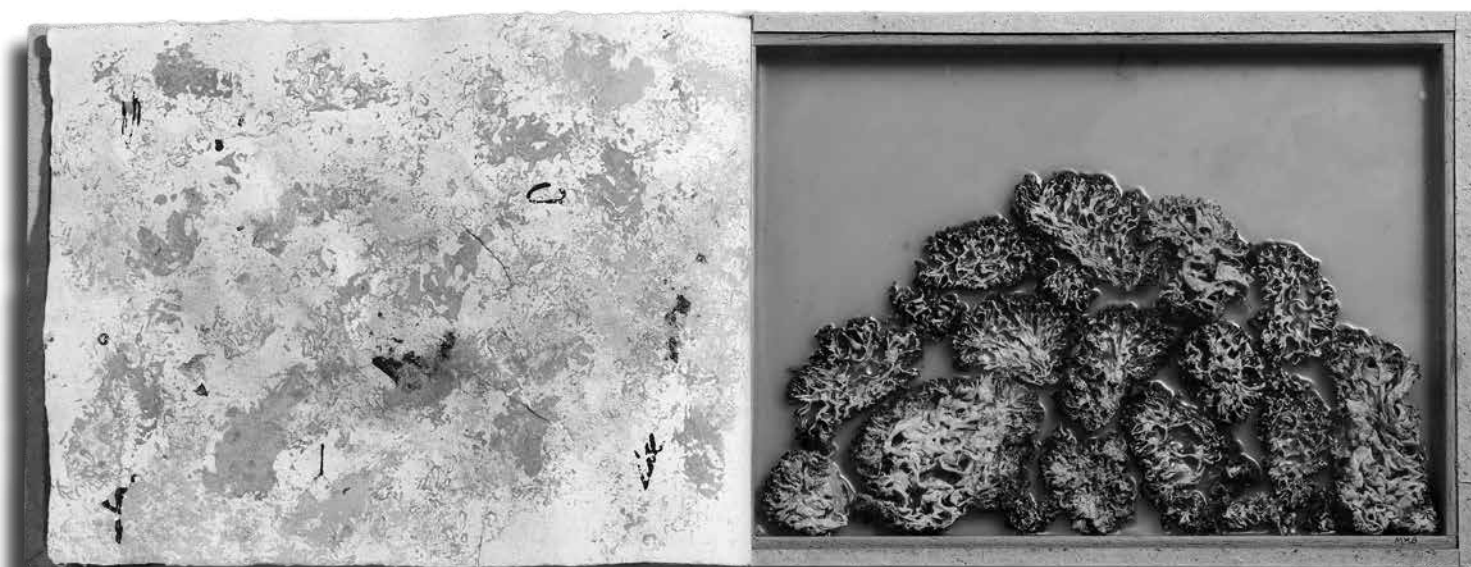
Aquí, en nuestro pueblo, la belleza del paisaje en constante recreación repercute de muchas formas en los actos de sus habitantes, aunque la gran mayoría no nos ganemos el pan con un trabajo directo sobre el medio natural y casi todos los trabajos tradicionales se hayan perdido. Sucede lo mismo a la inversa: no hay destrucción de la naturaleza que no signifique también destrucción para los hombres. Si desapareciera todo lo que nos rodea, desapareceríamos como comunidad, el territorio se volvería inhabitable, abandonaríamos nuestro hogar en busca de un espacio en el que poder vivir, sin la certeza de ser bienvenidos. No suele ser la ley de la hospitalidad sino la de la hostilidad la que nos organiza como sociedad. «Flor de aliso, perenne ternura

desgarrada. Porque queremos que se cumpla la voluntad de la tierra que da sus frutos para todos», gritaba Lorca desde la torre más alta de la ciudad de las ciudades.

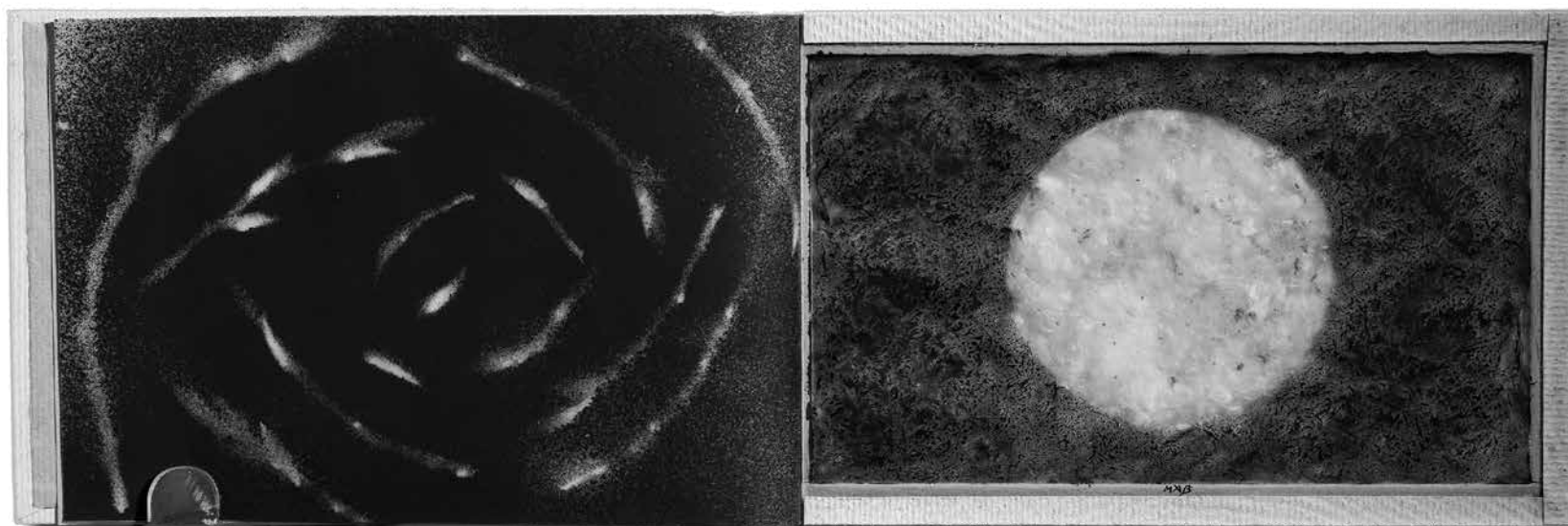
No se puede negar que la experiencia de los días en lo que se llama *medio natural* es bien distinta a la vida en las ciudades, precisamente debido al contacto con este entorno en permanente metamorfosis. En la creatividad de Lorca, la ciudad tuvo efectos decisivos, pero un grito como el suyo solo puede imaginarse desde el niño de la Vega que fue. En la ciudad, este impulso generativo apenas es percibido, y allí suele manejarse una idea de la naturaleza humanizada hasta tal punto que los ritmos y ciclos de *creación y creatividad* del mundo, sobre los que las comunidades podían inscribir su sentido cultural, han sido reemplazados por los ritmos y ciclos de *producción y productividad*, cada vez más alienantes y ajenos a lo que podría resultar sostenible a medio plazo. Las consecuencias



Miguel Ángel Blanco / Biblioteca del Bosque LIBRO N.º 165 CRECER EN NAVARRULAQUE (Taller en la montaña azul para trabajar piñas)
 31-10-1987 142 x 217 x 25 mm
 Cuatro páginas en papel de estraza con dibujos a la acuarela
 Caja con corteza de pino silvestre (*Pinus sylvestris*) teñida de azul con muesca



Miguel Ángel Blanco / Biblioteca del Bosque LIBRO N.º 596 LA MENTE VEGETAL
 16-11-1994 256 x 349 x 30 mm
 Cuatro páginas de papel verjurado y papel de trapo con huellas de hongo
 Caja con secciones de hongo (*Gyromitra esculenta*) sobre cera gris



Miguel Ángel Blanco / Biblioteca del Bosque LIBRO N.º 667 SOLSTICIO VERNAL
 12-5-1997 154 x 274 x 29 mm
 Seis páginas de papel verjurado y papel vegetal gris con auras de hojas de chopo
 Caja con semillas lanosas del chopo a la entrada de la cueva del estudio del artista en Cercedilla



Parte de la Biblioteca del Bosque de Miguel Ángel Blanco cuando aún estaba en el estudio de Cercedilla, hacia 1990 (foto de Javier Campano)

culturales del llamado *trastorno por déficit de naturaleza* (TDN) pueden ser nefastas para la humanidad, que ha mantenido por regla general unas relaciones mediocres con el medio no humano. La supuesta superioridad del ser humano, su obsesión por un progreso entendido solo de forma técnica y económica, no es en realidad más que una expropiación de un bien común, pues la tierra no es más nuestra que de los pájaros o del musgo.

Este déficit es en el fondo la desconexión de esa corriente de transformación y creación que nos recuerda que no somos algo aparte del mundo y que nuestro destino está irremediablemente ligado a la naturaleza que somos y de la que tristemente nos enseñoreamos. A veces para encontrar lo mejor de lo humano debemos aproximarnos a todo lo que pensamos que no lo es. Claude Lévi-Strauss, un antropólogo que marchó varios años a la selva al encuentro de las tribus y sociedades *salvajes* y *naturales* reducidas supuestamente a su forma más simple, descubrió en verdad la humanidad que comparten los supuestos *sabios* y los *bárbaros*, y ese fue su gran hallazgo.

«A los ojos de las personas con imaginación, la naturaleza es la imaginación misma», decía William Blake. Y los que

aprovechan mejor esta identidad entre naturaleza e imaginación, esta confusión fructífera, son los campesinos que obtienen y preservan el fruto de la tierra; las serranas y brujas que custodian la vieja fuerza que llamamos *bruta* y que tanto inquieta a los varones; los montañeros nudistas; los revolucionarios perseguidos que se esconden entre las peñas; los niños que maravillan las sendas con sus fantasías; las monjas y místicos que llaman *hermana* a cada espiga y, por supuesto, las personas artistas y poetas que imitan a la naturaleza, no en *su imagen*, sino en *su potencia de obrar*.

Es cierto que cuando un poeta o un artista viene al monte suele buscar no solo belleza, sino también espacio, la soledad y la tranquilidad que le permitan replegarse en sus asuntos. Los pueblos y los montes, abandonados tantas veces para ganar algo de dinero en las ciudades, son también los lugares a los que se vuelve cuando no se ha conseguido. Aquí todo es un poco más barato porque la lógica de consumo, afortunadamente,

no parece atravesar todas las dinámicas y resulta más fácil practicar la gratuidad, quizá reflejo del regalo que supone encontrarse cada día con este bellissimo paisaje de la sierra de Guadarrama.

Las ciudades se han vuelto muy difíciles, y muchos jóvenes estamos haciendo el camino inverso al que hicieron nuestros padres. Espacio moderno por excelencia, promesa de todos los sueños civilizadores, la ciudad aborda malamente el desafío de su propia supervivencia futura, mientras observa con superioridad clasista al pueblo que ella un día fue. Ya se sabe, en los pueblos somos muy paletos.

Georges Perec, que amó las ciudades cuando aún no se habían convertido en lo que son hoy, describió muy bien la utopía (burguesa) campestre en su delicioso libro *Especies de espacios*: «Irábamos a la escuela con el cartero. Sabríamos que la miel del maestro es mejor que la del jefe de estación [...], sabríamos si va a llover solo con mirar la forma de las nubes desde las colinas. Conoceríamos los sitios donde todavía habría cangrejos. Nos acordaríamos de la época en que el mecánico herraba caballos. Por supuesto que conoceríamos a todo el mundo y las historias de todo el

mundo. Todos los miércoles el charcutero tocaría la bocina delante de la casa para traernos los embutidos. Iríamos con los niños a recoger moras por angostos caminos [...], estaríamos pendientes de cuando pasara el autobús de las siete [...], iríamos a buscar leña al monte público, sabríamos reconocer a

Nuestro destino está irremediablemente ligado a la naturaleza que somos

El artista Miguel Ángel Blanco junto a su serie de sellos hechos con acículas de distintas especies de coníferas, en su estudio de Cercedilla en 2018 (foto de Daniel G. Pelillo)



los pájaros por su canto. Conoceríamos cada árbol del huerto. Esperaríamos la vuelta de las estaciones...». Costumbrismos, exotismos e ironías aparte (y mal que le pese al fantástico Përec), lo cierto es que se puede encontrar materialmente esa utopía en nuestro pueblo. Y aun con todo, lo más valioso de este encuentro no serán las vistas agradables y románticas de un paisaje exuberante convertido en obsesión temática, o un tipo de socialización de proximidad que obliga felizmente a saludarse. La riqueza mayor para el poeta o el artista del bosque se fundará en la reconexión de su creación (*naturata*) con las fuerzas creadoras (*naturans*). Por su parte, el bosque acogerá así formas de vida que no se acercan a él para explotarlo, sino para replicar, con otros medios, su fuerza.

El artista Miguel Ángel Blanco, cuya obra «quería germinar en el bosque», es un buen ejemplo de este enfoque. Pese a que su Biblioteca del Bosque resulta para muchas personas de este pueblo completamente desconocida, él lleva más de treinta años creándola en el entorno de la Fuenfría. Más de treinta años escribiendo un libro interminable, una ceremonia telúrica que refuerza el pacto secreto entre *naturans* y *naturata* y cuyas páginas recogen la huella del burrajo, las púas de los pinos, el musgo y los líquenes...

Tinta, *frottage*, estampación en seco: Blanco construye pequeños herbarios de un bosque detenido, todo lo que no cabe en un libro, quizá por eso su biblioteca la componen hasta el momento mil ciento setenta y un ejemplares. Esta enciclopedia afectiva y sentimental del bosque ha podido verse varias veces en forma de exposición (por ejemplo, *Visiones del Guadarrama*, en La Casa Encendida, en el año 2007), pero bien podría

convertirse en museo público, en nuestra Sierra, si nuestras instituciones fueran astutas y pensarán en algo más que en turistificar o explotar deportivamente esta naturaleza en la que podemos reflejarnos y salir bien guapos, o absolutamente feos como especie. Sin duda, el lugar en que nos pone humanamente esta biblioteca es bien distinto del *stand* del promotor deportivo, que espera tan solo recibir consumidores de fin de semana.

Manzanas almacenadas junto a la colección de cencerros de Carlos del Barrio en su casa de Cercedilla (foto de Rafael SM Paniagua)



Comenzar con Miguel Ángel Blanco, que es discreto vecino de nuestro pueblo, tiene algo de declaración de principios: en esta sección me propongo hacer hueco y dar voz (o cederla) a los artistas que cumplen con este viejo pacto. Blanco, además, es un artista de recorrido nacional e internacional, que llegó a introducir huesos de serpiente, tarántulas y búhos reales en el museo del Prado en una de las exposiciones más singulares que jamás haya albergado esa institución. Y no son pocos los artistas que hoy viven en el pueblo, artistas de generaciones, procedencias, disciplinas y actitudes diversas, todos en activo y cuyas obras de algún modo son el resultado de ese pacto secreto con la naturaleza. No hará falta por tanto recurrir a los nombres ilustres, que, si bien forman parte del acervo cultural de nuestro pueblo, se han quedado un poco anquilosados, probablemente no por sí mismos, sino por nosotros, que quizá no hemos logrado mirarlos de un modo nuevo.

Los artistas no somos una subespecie humana distinta a lo que se llama *gente normal*. Al mirar la grandísima colección de cencerros de mi vecino Carlos, más desconocida aún que la Biblioteca de Blanco, pienso que él tampoco ignora esa potencialidad ge-

nerativa, en un gesto de creación y acopio también realizado durante décadas, que resulta de la reconexión con el paisaje vivido, amado o soñado... Tampoco ignora ese pacto secreto su hermana, Filomena, al ordenar cuidadosamente las manzanas que recuperamos del jardín de Carlos y Maruja, que no pueden recoger ellos mismos porque la vejez los tiene amarrados a la ciudad. Dice Thoreau que «las

mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la lozanía de las frutas, solo pueden conservarse con delicadeza. Y no es esta, ciertamente, la que aplicamos a nuestras relaciones con el prójimo». Pacto secreto que revelan también los centenares de pinos derribados, esculpidos y abandonados entre las peñas. Se aparecen en el camino como huesos de antiguos elefantes o rasps de ballenas antediluvianas,

iguales a aquellas que cantaban las guarramistas Vainica Doble. Museo del Bosque, obra generosa de nuestros vecinos aizkolaris, cuyos juegos además de conservar revolucionariamente algunas economías fundacionales de este paisaje, generan un hilo de fraternidad entre las serranías madrileñas y segovianas y la cultura vasca, lo que permite imaginar otra conversación territorial distinta a la que nos imponen las televisiones.

De todas las divisiones y oposiciones que se producen en el mundo del arte, la que separa a entendidos de ignorantes, a espíritus sensibles de torpes, es especialmente dolorosa, pues todas las personas somos llamadas a la experiencia estética creativa, y el hecho de haber vivido alguna vez la infancia lo demuestra. La profesionalización de la creatividad hace más profunda esa zanja. Pero hemos de admitir que no hace falta considerarse artista para vivir *con arte*.



Carlos del Barrio limpiando sus cencerros.
Abajo, junto a parte de su familia en el
almacén donde guarda la colección
(fotos de Rafael SM Paniagua)



El arte es vivencia. La simple acción de caminar a lo largo de los senderos del bosque desarrolla una mirada para lo esencial, acrecienta la receptividad y afina los sentidos. El caminante está al acecho, en estado constante de alerta, intentando ver en el paisaje más allá de lo acostumbrado, extendiendo la realidad. El bosque comunica un estado interior de serenidad, de pureza y de optimismo. Lo que allí ocurre, esos acontecimientos que pasan desapercibidos para los extraños, es siempre razonable, justo y definitivo. Ningún copo de nieve cae en el lugar equivocado.

No es posible describir la experiencia de la participación en el misterio de lo natural.

La Biblioteca es un proyecto escultórico y vital, obra abierta a la amplitud de la naturaleza realizada con la lentitud y constancia con la que crece el árbol. Cada libro es una simbiosis entre el ángulo recto y la forma biológica. Comparto con el arte oriental el deseo de alcanzar una composición orgánica, en la cual lo lleno encarna la sustancia y el vacío garantiza la circulación de los soplos vitales. Uniendo así lo finito a lo infinito, como la propia creación. Tal vez, el fin de la obra sea entender el lenguaje secreto del cosmos, crear un gran misterio partiendo de una hebra de helecho o una gota de resina. Ser eco de lo efímero. Lograr la correspondencia con el universo y que el universo responda.

El libro, instrumento por excelencia de transmisión de conocimientos, no está compuesto, en mi caso, de palabras. Es otro lenguaje el que habla. Es el fragmento de naturaleza capaz de comunicar todo un mundo al que las palabras solo pueden aproximarse. Invocaciones silenciosas. Todos los componentes de mis libros proceden de los reinos de la naturaleza, incluso la madera de las cajas y los distintos papeles —transformación sutil del corazón leñoso— de las páginas sobre las que dibujo. Los libros tienen, de hecho, una gran relación con el árbol, incluso terminológicamente, pues *líber* es también la parte viva de la corteza de este. Las palabras *libro*, *liber*, *byblos*, *biblia* son sinónimos, y designan en botánica la piel del árbol, la corteza de la madera, el habitus, el revestimiento.

La caja es un pequeño santuario recóndito, un *sancta sanctorum*. Sellada con vidrio, hermética, para mantener sus contenidos, es arca, esenciario, relicario y crisol todo a un tiempo. Musgos, líquenes, cortezas, acículas, piñas, pólenes, zarzas, hongos, cera, raíces, tierras, minerales o resinas son algunos de los materiales que he recolectado. Materiales que liberan imágenes ocultas o latentes. Dentro de una pequeña caja pueden abrirse abismos insondables, vislumbrarse lagos profundos, espacios infinitos, tormentas, arroyos, fuegos... y hasta, a través de una gota de resina, la formación del Universo. Micropaisajes. El libro caja es la memoria de lo inmemorial. Pero nunca podremos abarcar la infinitud de la dimensión íntima.

Una vez sellada la caja, procedo a encuadernar el libro y a realizar un estuche de madera para él. Es importante para mí ejecutar yo mismo cada una de estas operaciones, lo que me proporciona una independencia creadora total y evita cualquier contaminación externa. Finalmente, el libro pasa a integrarse en mi gran escultura, la Biblioteca del Bosque, que concibo como una obra en proceso de crecimiento continuo. La Biblioteca es un pinar donde la escala variable de los árboles queda reflejada en los distintos formatos de los libros.

A pesar de que algunos libros han abandonado la Biblioteca, esta tiene vocación de unidad y de permanencia. Es seguramente aún pronto para pensar en su destino, pero sí tengo claro que no debe desmembrarse, y que en el futuro debe reunirse en un pequeño museo que tendría que ubicarse en el medio natural. Un museo para paseantes, con arquitectura integrada en el paisaje, a través del cual se profundizara en el conocimiento y la sensibilidad hacia el entorno.

Textos de Miguel Ángel Blanco
bibliotecadelbosque.net



Miguel Ángel Blanco en su estudio de Cercedilla, julio de 2018 (foto de Daniel G. Pelillo)

LOS TIEMPOS QUE CORREN



Tomás Montalvo

Voy a dedicar este espacio a reflexionar sobre los tiempos que corren hoy aquí, en Cercedilla. No pretendo ser riguroso, ordenado ni objetivo, escribiré mis opiniones sobre los temas que me vengán a la cabeza: el poco interés que esto pueda tener se lo conferirán si acaso mi edad y mi amor por este pueblo. Y tendré la deferencia con el lector de ser siempre breve.

Hoy me acuerdo de Enrique Espinosa, que murió el pasado 22 de febrero. Con él desaparece una parte importantísima de este pueblo: fue su alcalde durante más de veinticuatro años, ahí es nada.

En 1973 accedió al Ayuntamiento como concejal por el tercio de cabezas de familia, a cargo de las concejalías de Cultura y Obras Públicas. Entonces la promoción de la cultura no se consideraba un asunto de importancia, pero a él sí se lo parecía, y siguió pareciéndoselo después



durante todos sus años como alcalde. Era persuasivo, generoso, y alentó la organización de actos y espacios culturales de categoría en el pueblo. A la Fundación Cultural de Cercedilla la estuvo acompañando desde los tiempos de la

Enrique Espinosa, en primer término, en el balcón del Ayuntamiento durante el pregón de las fiestas del año 1990, que leyó el escritor Fernando Quiñones; detrás, Luis Rosales y Paco Acaso (foto de Francisco Velázquez)

Sección Cultural del Club Atlético Cercedilla, siempre cercano y favorable.

Me siento razonablemente orgulloso de todo lo que hice con él y con mis compañeros en el Grupo Independiente de Cercedilla. Y cuando dejé el partido de Enrique y me uní a un rival —ahora pienso que fue una equivocación—, muchos me lo reprocharon, pero él nunca, su actitud conmigo no cambió.

Pero de lo que sobre todo me acuerdo yo ahora es de los ratos con Enrique y los amigos en la terraza de La Farola de Esteban Martín y en la de El Frontón de José Luis Vargas, me acuerdo de sus bromas y de sus historias. Porque mi cariño e interés por Cercedilla los he heredado de mi padre y de Enrique.

Adiós, amigo.

HABLA... (EL PODCAST)

Ángel Ranz Herranz

Esta sección se sale de *El Papel* y salta a las ondas, ya que su objetivo es albergar la voz de los vecinos. El lector —ahora oyente— podrá acceder a los contenidos sonoros en la página web de la Fundación.

Empezamos charlando con María del Carmen López Berrocal. Muchos conocemos a Mari Carmen. Hemos tenido ocasión de verla sobre las tablas y de escuchar su voz en el coro de la Escuela Municipal de Música y Danza.

Empezó a hacer teatro en 1983, con el grupo que se formó en la Fundación Cultural y que dirigía la actriz Elda Filippini. Después ha participado en

cuantas iniciativas escénicas han tenido lugar en el pueblo. Entre 1999 y 2003, con la Asociación de Mujeres Siete Picos; luego, con el grupo que Ángela Ruiz formó en El Aborigen (teatro Montalvo); hoy, con el grupo que acaba de formarse por iniciativa municipal y que se estrenó este verano en la plaza Nueva con la comedia de Jardiel Ponce-la *El cadáver del señor García*.

La entrevista íntegra a Mari Carmen está disponible en <https://fundacioncultural-decercedilla.org/papel-de-cercedilla/> o directamente en Soundcloud: <https://soundcloud.com/user-947504486/programa-1-maria-del-carmen-lopez-berrocal>.

MARI CARMEN LÓPEZ BERROCAL



Mari Carmen en el III Festival de Teatro de la Antigua Mina (foto publicada originalmente en *Apuntes de la Sierra*)

¿PERIÓDICOS TIENEN?

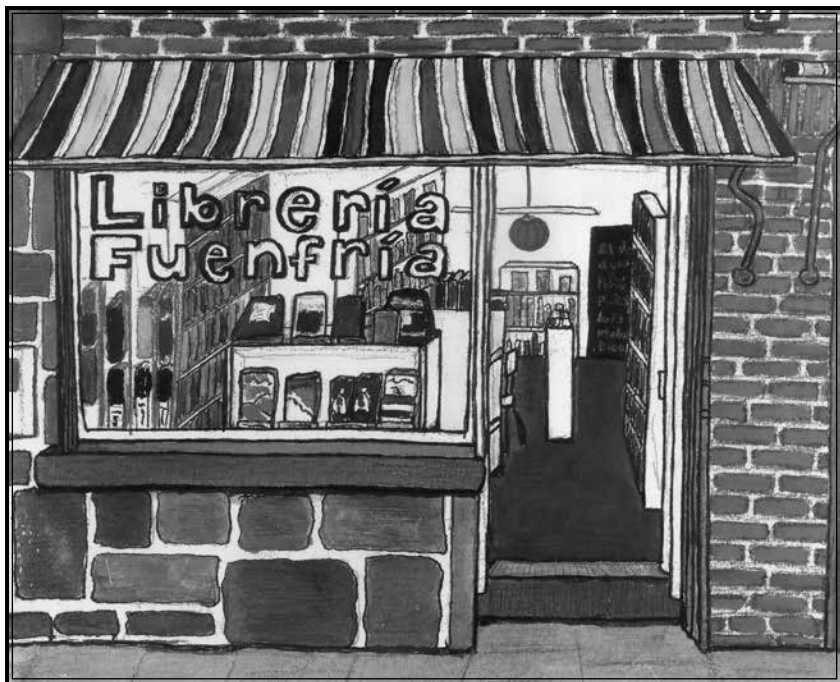


Ilustración de Esther Tomás Gabriel

Rafael Reig

Hacerme cargo de la librería Fuenfría ha sido para mí un privilegio, así que compartir en *El Papel* mi experiencia de estos años no es más que una forma de dar las gracias. Seré discreto; los libreros, como los sacerdotes, estamos obligados a respetar el secreto de confesión. Al final, todo el mundo acaba pasando alguna vez por la librería, y me siento muy satisfecho de que muchos de ellos se hagan asiduos. Y no solo para comprar libros: aquí se viene a charlar, a cortarle un traje a un vecino, a contar penas, a jugar al ajedrez, a hacer tiempo mientras sale el 684 o para arreglar el pueblo y el universo —o por lo menos la tarde—. ¿Cuál es el libro que más me piden? Uno que se titula: «¿Periódicos tienen?». Hace unos quince años que la librería no vende periódicos, pero la santa testarudez con la que se niegan a darse por enterados a mí me conmueve. Quizá sea un signo del carácter idealista y soñador de los parraos, que ven lo que quieren ver y así mejoran la realidad, a menudo tan escasa, con su fantasía avasalladora. Unos entran con paso firme y me piden una infusión de colibrí de Madagascar con hinojo. Cuando les explico que el herbolario es el local de al lado, miran alrededor con suspicacia y asombro, como si no fueran capaces de determinar en qué clase de dudoso establecimiento se han metido. Esto es la librería, les digo, y tuercen el gesto al

responder con resignación: Tiene que haber de todo en esta vida. Al otro lado está la panadería de Javi y otros entran apresurados, casi sin aliento, preguntando si todavía me quedan campesinas. Cuando se dan cuenta del error y se dirigen hacia Javi a la carrera, me remuerde la conciencia por no haberles advertido de que a él tampoco le quedan ya campesinas. Otro de los libros más populares es uno del que han hablado esta misma mañana en la radio. Nadie recuerda el nombre de su autor ni el título, nadie sabe de qué trata, nadie ha visto la portada, pero todos me aseguran que tengo que conocerlo a la fuerza, que deje ya de hacerme el tonto, cómo no voy a saber cuál es, si lo han dado por la radio, justo después de una receta de cocina y antes de la entrevista con el trapequista murciano jubilado que acaba de inventar un pelador de aguacates infalible y automático. Si alguien conoce ese libro, por favor, que no deje de transmitirme el secreto: me facilitaría mucho la vida. También hay tantos que insisten en que yo soy el argentino del que les han hablado, que ya prefiero no revelar que soy de Cangas de Onís, sino que respondo: Este, che, ¿viste que sí? Así se van satisfechos de haber conocido por fin a aquel legendario porteo que debió de regentar la librería en el ocaso del siglo xx, cuando aún nevaba de verdad y no como ahora. Al fin y

al cabo, mi predecesor, Eduardo, nunca logró convencer a nadie de que él tampoco era el argentino, sino un señor de León. A la vista está: es imposible aburrirse para un librero. Cuando llegan las cajas con las novedades editoriales, la mitad de los libros los adjudico en el acto: esta policiaca le va a encantar a Marisa, estas memorias de un primo del barbero de don Juan Negrín no se las puede perder Fernando, cómo le va a gustar a Pedro la obra maestra —aunque un tanto opaca— de otro ignoto genio esloveno cuyo apellido no contiene una sola vocal, otro libro de crisantemos para Paco, ese refinado erotismo japonés va a asombrar a Sole, por fin el tratado sobre hipogrifos que le va a entusiasmar a Ricardo... Todos los vecinos formamos parte de una gigantesca conspiración a favor de la felicidad. Con quien viene pidiendo un libro del tamaño justo para calzar una mesa coja, obras completas a juego con las cortinas o una novela de crímenes en la que la víctima sea el lector, Violeta y yo hacemos lo que podemos. Los tentáculos de esta sociedad secreta se extienden por todo el comercio del pueblo, así que si nos preguntan por artículos de sex-shop, les aseguramos que en las dos ferreterías que tenemos se van a sorprender de lo que encuentren; ya veréis, ya, desde poleas a caretas de soldador: no digo más, que no quiero dar ideas a los más jóvenes. De aquí nadie se va sin encontrar lo que no buscaba —siempre mejor que lo que iba buscando—. Con los regalos nuestro consejo es que no hay que preguntarse jamás qué le gusta a la persona, porque a todos nos gusta que nos regalen lo que no sabíamos que nos gustaba. Los libros, además, también son un regalo para el ego: a ese novio tan bruto que tienes, regálale poesía y ya verás lo contento que se pone de que le consideres un lector refinado y sensible. He visto cosas que vosotros no creeríais: jóvenes comprando libros de sonetos, mayores leyendo a Sid Vicious, personas que encargan libros sobre el teorema de Gödel. Que los demás sean siempre inesperados, mejores de lo que creíamos, es lo único que hace tan acogedora esta vida que llevamos. Por eso en la librería he aprendido que el paisaje más espectacular de Cercedilla no son las montañas, ni siquiera cuando nieva (aunque nunca tanto como antes), sino nuestros vecinos, ese ejército clandestino que, con tácticas de guerrilla y las armas disponibles —la conversación, las risas, los vinos en el barril— lucha en secreto y sin pausa por la alegría.

NUESTROS ORÍGENES, OCULTOS DETRÁS DE UNA ERRATA

Iñaki López Martín

En esta sección me propongo sacar del baúl de la historia algunos datos prácticamente desconocidos hasta hoy sobre nuestra localidad. Y, como soy un hombre ordenado, voy a empezar por el principio, literalmente: por los orígenes de Cercedilla.

Todo parece indicar, a tenor de las pruebas documentales existentes, que la primera ocupación de carácter permanente del espacio en los alrededores de nuestra localidad se remonta al siglo XIII, aunque en ninguno de los documentos más antiguos aparece todavía con la denominación actual. Porque, como sabemos gracias al reciente trabajo de Tomás Montalvo, el nombre de Cercedilla, escrito como Zerecedilla o Cerçedilla, solo se registra a partir del primer tercio del siglo XV, cuando nuestra localidad ya formaba parte del Real de Manzanares. Sin embargo, como trataré de demostrar, hubo pueblas anteriores a la incorporación al Real, y existen manuscritos y referencias de archivo suficientes como para acreditar que el concejo de Cercedilla ya operaba como tal con sus órganos concejiles y con alguna competencia jurisdiccional al menos desde principios del XV, lo que necesariamente significa que bastante antes debió de crearse ese primer asentamiento estable. ¿Cuándo exactamente? Los documentos apuntan al siglo XIII, y esta datación podrá corroborarse con los trabajos arqueológicos que actualmente

se están llevando a cabo. Ahora bien, es más que probable que el casco antiguo de la localidad, tal y como la conocemos hoy en día, no se correspondiera con el primer núcleo habitacional o, al menos, no con el único. Pero antes de entrar en detalles es imprescindible definir el marco espaciotemporal: un poco de Historia entonces.

Estamos en la alta Edad Media: siglo XI, plena Reconquista. Y en el año 1088 comienza la repoblación de Segovia, que se iría completando durante los tres siglos siguientes dentro de la denominada Comunidad de Villa y Tierra de Segovia o Universidad de la Tierra de Segovia, una institución con carácter jurídico organizada alrededor del concejo de esa ciudad y cuyos objetivos eran repoblar, recaudar impuestos y gestionar el aprovechamiento de los recursos naturales (agua, pastos, tierras y pinares) en los territorios situados *aquende* y *allende* la sierra de Guadarrama; esto es, «de este lado» y «del lado de allí», teniendo en cuenta que los castellanos venían comiéndoles terreno a los musulmanes desde el norte.

El impulso repoblador segoviano fue inmenso, y llegó a abarcar un área vastísima que se extendía desde las cumbres del Sistema Central, a partir de los puertos del Berrueco (Guadarrama), Tablada, Fuenfría y Malangosto, siguiendo los principales cursos de agua y los mejores pastos, por parte de las actuales provincias de Segovia, Madrid, Ávila e incluso Toledo. Pero, hasta donde sabemos, el territorio situado en la vertiente sur de la sierra de Guadarrama, la denominada Transierra, estaba poco poblado durante la primera fase de la Edad Media, integrado fundamentalmente por pequeños núcleos de población en torno a amplias dehesas y pastizales comunales y por algunos conjuntos de cercas dedicadas a tierras de labranza repartidas en las zonas ribereñas de los cauces de los ríos Guadarrama y Manzanares. Había además casas aisladas, ventas y herrerías próximas a los herrenes, pequeños espacios acotados que se dedicaban a huerto y pradería en las zonas más aisladas, esenciales para la comunicación y la trashumancia estacional del ganado ovino segoviano entre las vertientes



Portada de la primera edición de la *Historia de la insigne ciudad de Segovia* (1637), del cronista Diego de Colmenares

norte y sur del Sistema Central. Y había, por supuesto, grandes extensiones totalmente despobladas, roquedos, robleales y pinares donde abundaban la caza y la madera, y que fueron bella y profusamente descritos en el *Libro de la montería* del rey Alfonso XI, en el siglo XIV:

EL MONTE DEL PUERTO DE LA TABLADA ET EL PUERTO DE LA FUENT FRÍA ES TODO UN MONTE, ET ES BUENO DE OSO, ET DE PUERCO EN IVERNO, ET AUN EN VERANO. ET SON LAS VOCERÍAS [GRUPO DE OJEADORES QUE PARTICIPABA EN LA MONTERÍA], LA UNA DESDE EL COMIENZO DEL PUERTO DE LA TABLADA ARRIBA, FASTA ENCIMA DE LA CUMBRE, ET LA OTRA DESDE ENCIMA DE LA CUMBRE FASTA EL PUERTO DE LA FUENT FRÍA, ET LA OTRA DESDE ENCIMA DEL PUERTO DE LA FUENT FRÍA POR EL COLLADO LAMIENTA FASTA ENCIMA DE PEÑA CABALLERA [SIETE PICOS], ET LA OTRA DESDE PEÑA CABALLERA FASTA COLLADO ALBO. ET SON LAS ARMADAS [GRUPO DE CAZADORES QUE PARTICIPABA EN LA MONTERÍA], LA UNA EN EL GUIJO, ET LA OTRA A LOS POYALES, ET LA OTRA EN NAVA LA YEGUA.

Este vasto territorio fue desgranándose a partir del siglo XIII en divisiones administrativas menores, los *sexmos*, que a su vez se organizaban alrededor de fracciones más pequeñas, las *cua-drillas*. Cada *sexmo* se componía de un número variable de aldeas, lugares, despoblados y herrerías, y tenía, además de una función repobladora, una clara finalidad fiscal y de control del territorio. En cada *sexmo* había un *sexmero*, representante de todos los habitantes y recaudador de impuestos (*pechos*) para la ciudad de Segovia. Pero no debemos pensar tanto en una acotación espacial concreta como en un uso complemen-

tario de las tierras sobre una base extensiva cerealista, ganadera o maderera, según las características de cada zona.

Los intereses segovianos en la vertiente sur de la sierra de Guadarrama se concentraron con distinta suerte en cuatro áreas concretas: el *sexmo* de Lozoya, el de Casarrubios, el de Valdemoro y el de Manzanares. Los dos primeros fueron entidades más o menos estables y duraderas en el tiempo, hasta que se extinguieron en el siglo XIX con la nueva organización provincial, pero los otros dos corrieron distinta suerte; el *sexmo* de Valdemoro acabaría integrándose en el señorío de Chinchón a finales del siglo XV, mientras que el de Manzanares sería enajenado a la ciudad de Segovia y, tras diversas vicisitudes, terminaría por convertirse en señorío de los Mendoza entre los siglos XIV y XV.

Así que el *sexmo* de Manzanares (desde Guadalix de la Sierra al este y Tablada al oeste, y desde las cumbres del Guadarrama al norte hasta la dehesa de El Pardo al sur) fue desde sus orígenes el más conflictivo, ya que se trataba de la zona de fricción entre los intereses repobladores y ganaderos de la ciudad de Segovia y los de Madrid, que probablemente ya desde el periodo musulmán se nutría de materias primas en los bosques, dehesas y pastizales al norte de la ciudad.

Las dos partes tenían sus razones, así que el litigio fue largo y violento. Madrid esgrimía un privilegio del año 1152 por el que el rey Alfonso VII le concedía la posesión perpetua del territorio comprendido entre el puerto del Berrueco (actual puerto de Guadarrama) y el puerto de Lozoya, con todos sus montes, sierras y valles intermedios, así como los cauces de los ríos que fluyen hacia la ciudad. Y Segovia respondía con otro privilegio, en su caso concedido por Alfonso VIII en 1208, que le autorizaba a pastar con sus ganados y poblar esa misma franja, lo que de hecho venía sucediendo en las majadas y asentamientos situados en los alrededores de Colmenar Viejo, Manzanares, Chozas (Soto del Real) y Porquerizas (Miraflores de la Sierra), con la consiguiente reacción de Madrid, que reclamaba vehementemente su abandono y desmantelamiento inmediato. La violencia del enfrentamiento, al borde de una guerra concejil, fue tal que se hizo necesaria la intervención real en varias ocasiones entre 1236 y 1248.

YO [EL REY FERNANDO III] ENVIÉ MANDAR POR MI CARTA A LOS DE SEGOVIA QUE DESFICIESEN LUEGO AQUELLAS PUEBLAS QUE HABÍAN FECHAS, MANZANARES E EL COLMENAR E TODAS LAS OTRAS QUE HI HABÍAN FECHO; E SI NO LAS QUISIESEN DESFACER, QUE MANDABA A VOS LOS DE MADRID QUE LOS DERRIBÁSEDES E LAS ASTRAGÁSEDES; ET DEXÍSTEME QUE LOS DE SEGOVIA NON LO QUISIERON DESFACER MAGUER YO GELO ENVIÉ MANDAR POR MI CARTA. ET SOBRE ESTO QUE FUISTEIS VOS [LOS DE MADRID] E QUEMASTES ET ASTRAGASTES AQUELLAS PUEBLAS QUE ELLOS HABÍAN FECHAS EN VUESTRO TÉRMINO. ET LOS DE SEGOVIA CON GRAND FUERÇA COMENÇÁRONLAS DE POBLAR DE CABO, ET VOS QUE FUISTES E QUEMÁSTESLAS E ASTRAGÁSTELAS OTRA VEGADA (24 DE SEPTIEMBRE DE 1248).

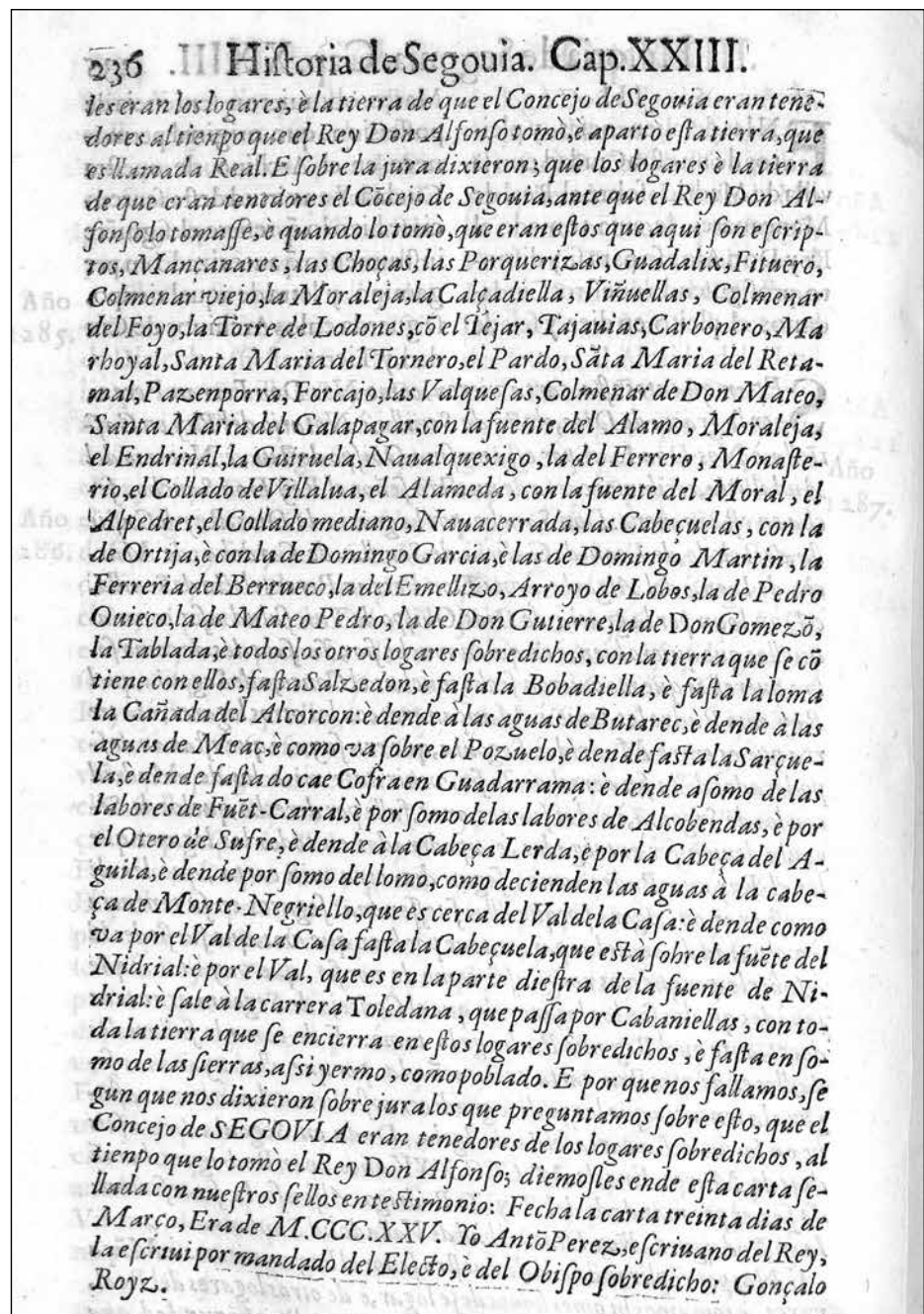
El rey Fernando III trató de encontrar una solución ecuaníme y fijó un amplio coto entre los dos concejos en el que ninguno de ellos podía cultivar ni poblar, tan solo pacer y aprovechar la madera en común «fasta que yo lo libre entre ambas partes». Así, prácticamente toda la franja comprendida entre Colmenar Viejo y Galapagar, y hasta las cumbres de Guadarrama, se convertía en una zona de aprovechamiento comunal, y esta decisión tendría consecuencias importantes en la historia de Cercedilla, como veremos en la entrega sobre el pinar de Arrulaque, que ya estoy escribiendo.

Pero Fernando VII se murió sin volver a pronunciarse sobre el tema, y en 1275, Alfonso X tomó una decisión salomónica e incorporó la mayor parte del territorio disputado a la Corona y a sus herederos, de ahí el nombre de Real de Manzanares o Señorío del Infantado. Después, el rey Sancho IV, contra la decisión de su padre, dictó una nueva sentencia por la que se

Página interior de la obra de Diego de Colmenares donde se mencionan, entre otras, las ferrerías de Don Gutierre y de Don Gomezón (sic)

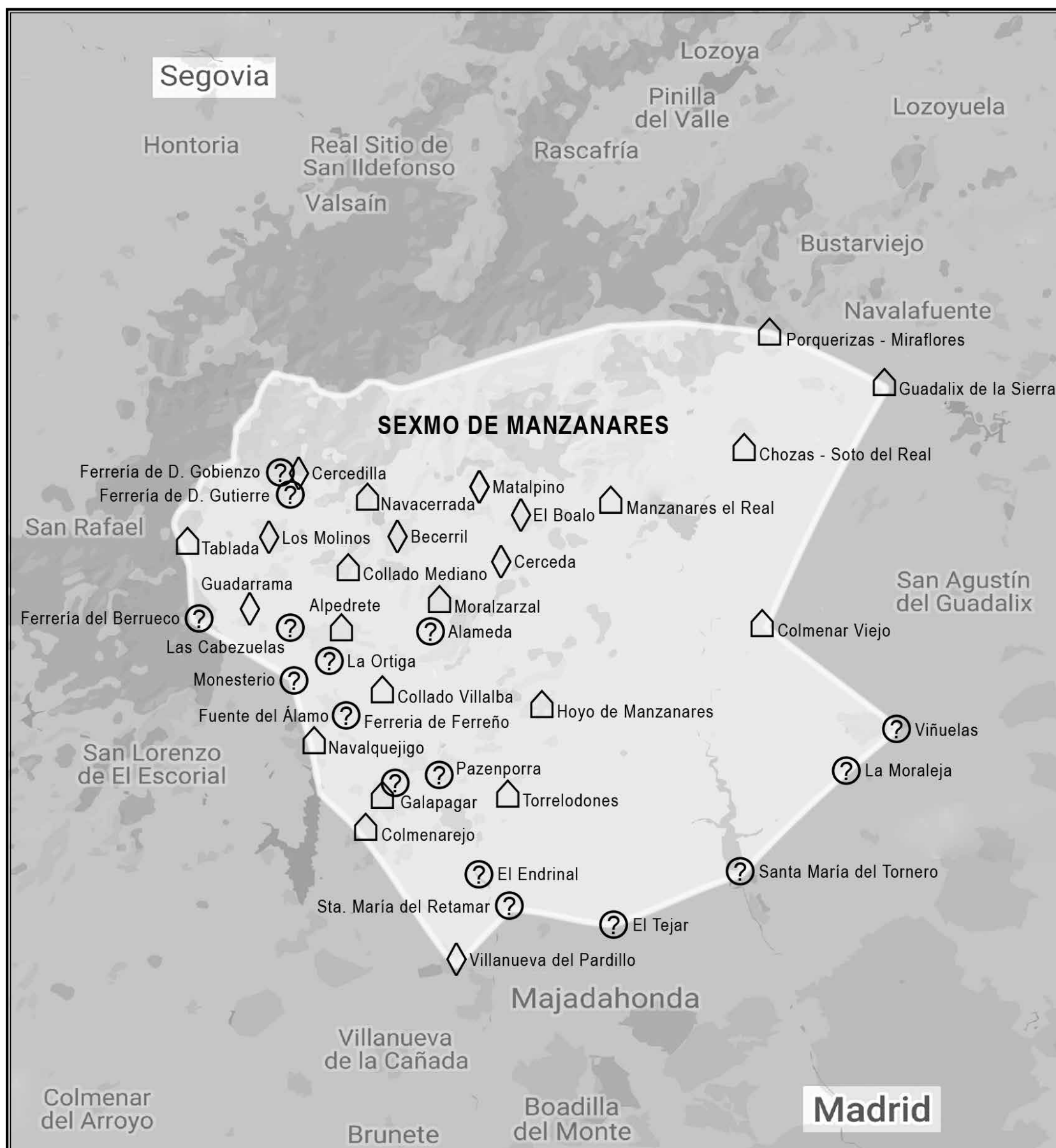
atribuía de nuevo a Segovia el territorio en disputa. Y es precisamente esta sentencia, en la que se ordenaba llevar a cabo una averiguación concreta de todos los lugares bajo jurisdicción segoviana que formaban parte del sexmo de Manzanares, la que va a permitirnos conocer el verdadero origen de nuestra localidad.

Este documento, fechado el 30 de marzo de 1287, a pesar de haber sido publicado en numerosas ocasiones desde el siglo XVII hasta nuestros días, nos reserva una sorpresa: un simple error de transcripción, agazapado en el texto durante siglos, ha impedido a los historiadores asociar correctamente una parte de su contenido con nuestra localidad. Su autor fue Diego de Colmenares, y aparece en la célebre *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, en el capítulo XXIII.



ENOS POR CUMPLIR MANDADO DE NUESTRO SEÑOR EL REY VINIMOS A MANZANARES E TOMAMOS HI OMES BONOS DESE LOGAR E DE OTROS LOGARES DEL REAL, E FECIÉMOSLOS JURAR SOBRE SANTOS EVANGELIOS QUE NOS DIXIESEN VERDAD CUÁLES ERAN LOS LOGARES E LA TIERRA DE QUE EL CONCEJO DE SEGOVIA ERAN TENEDORES AL TIEMPO QUE EL REY DON ALFONSO TOMÓ E APARTÓ ESTA TIERRA, QUE ES LLAMADA REAL. E SOBRE LA JURA DIXIERON: QUE LOS LOGARES E LA TIERRA DE QUE ERAN TENEDORES EL CONCEJO DE SEGOVIA, ANTES QUE EL REY DON ALFONSO LO TOMASSE, E CUANDO LO TOMÓ, QUE ERAN ESTOS QUE AQUÍ SON ESCRIPTOS: MANZANARES, LAS CHOZAS, LAS PORQUERIZAS, GUADALIX, FITUERO, COLMENAR VIEJO, LA MORRALEJA, LA CALZADIELLA, VIÑUELLAS, COLMENAR DEL FOYO, LA TORRE DE LODONES, CON EL TEJAR, TAJAUIAS, CARBONERO, MARHOYAL, SANTA MARÍA DEL TORNERO, EL PARDO, SANTA MARÍA DEL RETAMAL, PAZENPORRA, FORCAJO, LAS VALQUESAS, COLMENAR DE DON MATEO, SANTA MARÍA DEL GALAPAGAR, CON LA FUENTE DEL ÁLAMO, MORALEJA, EL ENDRINAL, LA GUIRUELA, NAVALQUEXIGO, LA DEL FERRERO, MONASTERIO, EL COLLADO DE VILLALVA, EL ALAMEDA, CON LA FUENTE DEL MORAL, EL ALPEDRET, EL COLLADO MEDIANO, NAVACERRADA, LAS CABEZUELAS, CON LA DE ORTIJA E CON LA DE DOMINGO GARCÍA, E LAS DE DOMINGO MARTÍN, LA FERRERÍA DEL BERRUERO, LA DEL EMELLIZO, ARROYO DE LOBOS, LA DE PEDRO OUIECO, LA DE MATEO PEDRO, LA DE DON GUTIERRE, LA DE DON GOMEZÓN, LA TABLADA E TODOS LOS OTROS LOGARES SOBREDICHOS, CON LA TIERRA QUE SE CONTIENE CON ELLOS...

CERCEDILLA INÉDITA



Localidades del sexmo de Manzanares mencionadas en la sentencia de Sancho IV de 1287: identificadas (icono casita), posibles (círculo con interrogación) y que no aparecen a pesar de que luego formarían parte del Real de Manzanares en el siglo xv (rombo)

La herrería del Berrueco
a principios del siglo xx,
Ayuntamiento de
Guadarrama



GUADARRAMA = San Macario

Los representantes del rey Sancho IV, ayudados por testigos jurados que recorrieron la zona, llevaron a cabo una fotografía precisa de los lugares que integraban la jurisdicción de Segovia en el sexmo de Manzanares cuando su padre, el rey Alfonso X, los incorporó al realengo, esto es, en el último cuarto del siglo XIII.

Muchos de estos topónimos son fácilmente identificables y, con las variantes ortográficas habituales, se corresponden con localidades existentes hoy en día; otros difieren de las denominaciones actuales, pero conocemos la historia de estas mutaciones; una tercera categoría la integran los nombres de difícil o imposible identificación, que bien pudieran ser desdoblados o conjuntos de casas aisladas anejas a pequeños cercados, herrenes o herrerías, que tomarían el nombre de alguno de sus propietarios, y, por último, hay también ausencias significativas. Entre ellas, las de Guadarrama o Los Molinos, justificadas, pues sabemos que bajo su denominación actual la localidad de Guadarrama fue repo-

blada solo a partir de los últimos años del siglo XIII, algo después por tanto de la elaboración de la lista, y Los Molinos nació como dependencia de esta última. También están ausentes con sus

nombres actuales las localidades de Cerceda, Becerril, Matalpino o El Boalo, aunque es probable que algunas de las herrerías o casas que se mencionan tuvieran que ver con ellas.

¿Y Cercedilla? La historia de este «olvido» nos reserva una agradable sorpresa

¿Y Cercedilla? La historia de este «olvido» nos reserva una agradable sorpresa porque, aunque no se distinga a simple vista, en realidad Cercedilla siempre ha estado ahí, delante de nuestros ojos, y además por partida doble.

Para desvelar esta incógnita era necesario acudir a la documentación manuscrita original de la sentencia del rey Sancho IV y a sus copias sucesivas, que amablemente me facilitó el Archivo Municipal de Segovia. Solo así podría esclarecer de una vez por todas las dudas sobre las transcripciones conocidas hasta la fecha. Y la conclusión es clara: no uno sino dos nombres propios en esa lista llaman la

atención de quien esté familiarizado con nuestra historia local. El primero, como ha sugerido correctamente Tomás Montalvo, es la herrería de Don Gutierre, situada muy probablemente junto al cauce del río Guadarrama, en los alrededores de la actual ermita de Santa María, y que gracias a los libros de difuntos conservados en el archivo parroquial de Cercedilla sabemos que todavía en el siglo XVI recibía el nombre de ermita de Nuestra Señora de don Gutierre, dentro de un conjunto habitacional que incluiría en sus alrededores probablemente una venta (la Venta de Abajo) y algunos cercados. Hay abundante material de archivo posterior que confirma este hecho. Por ejemplo, en junio de 1585, Alonso Martín de Fresneda, mozo soltero fallecido en Cercedilla, dispuso en su testamento que se «reparase y luciese una imagen en el portal de la ermita de Don Gutierre». Pero las pruebas más concluyentes para refrendar esta teoría se encuentran entre los legajos de la sección «Nobleza» del Archivo Histórico Nacional con sede en Toledo, donde existen abundantes referencias que dan fe de la importancia de la ermita de Santa María de don Gutierre no solo en la vida devota y festiva de nuestros paisanos, sino también en la actividad concejil. Así, por ejemplo, al menos desde 1533 el Ayuntamiento de

CERCEDILLA INÉDITA

Extractos de varias copias y traslados del documento por el que Fernán Pérez, arzobispo de Sevilla y notario del rey en Castilla, y Juan, obispo de Tuy y notario del rey en Andalucía, dan sentencia acerca del pleito que sobre Manzanares mantenían los concejos de Segovia y Madrid, de 1287, 1315 y 1494 respectivamente (AMS legajos 528, 608 y 609)

11
 Segovia. Anca q el Rey Don Alfonso lo comas e q udo lo como q ay esto.
 Taq son asios. manzanas. Las Chozas e las perreras. Guadalupe.
 fueno. Colmenar Viejo. La moraleja. La Caladriella. ymallas. Colmenar
 del feno. La torre de los dones con el riu. Talamas. Carbono. marhoial. sta
 m del tornero. El pardo. Sta m del petamal. Paz en perra. fforario.
 Las valgas. Colmenar de don mat. Sta m del galapagan con la
 fuer del alamo. Sopaleja. El andrial. La guijuela. Aual grego.
 La del fferro. Monestepo. El collado de villalua. El alameda
 con la fuer del moral. El alpedier. El collado mediano. Nana zafada.
 Las cabezuelas con la de opaya e con la de doningo g. Las de doningo mar
 no. La fferpa del bepuco. La del emellizo. Atoy de los. La de po
 onero. La de y p. La de don guette. Las de don guette.
 E la rullada. E todos los ocos lugares sobredichos. con la neta q se
 contiene en ellos. fasta Salcedon. e fasta la bondiella. e fasta la loma
 dela cañada de alarcon. e desde alas aguas de butaroc. e desde alas
 alas aguas de may. E como na sobel puelo. E desde fasta la sap.

nar de don mat. sta m del galapagan con la fuer del alamo. sopaleja. El andri
 nal. La guijuela. Aual grego. La del fferro. monestepo. El collado de villal
 ua. El alameda con la fuer del moral. El alpedier. El collado median. Na
 ua zafada. Las cabezuelas con la de opaya e con la de g. La de s m. La fferpa
 del bepuco. La del emellizo. Atoy de los. La de po onero. La de y p. La de don
 guette. Las de don guette. La rullada. e todos los ocos lugares sobredichos con la neta
 —————
 Doningo g. p. f. g.

guadalupe fueno colmenar Viejo. la moraleja. la caladriella ymallas colmenar del feno la torre de los dones and
 telar. talamas carbono marhoial. sta m del tornero el pardo sta m del petamal paz en perra forario las balque
 sas colmenar de don mat. sta m del galapagan con la fuer del alamo. moraleja el andrial la guijuela. Aual
 grego la del fferro monestepo el collado de villalua el alameda con la fuer del moral. El alpedier. El collado me
 diano nana zafada las cabezuelas con la de opaya e con la de doningo g. Las de doningo mar la fferpa del bepuco
 la del emellizo atoy de los la de po onero la de y p. La de don guette la de don guette e la rullada e todos
 los ocos lugares sobredichos con la neta que se contiene en ellos fasta salcedon e fasta la bondiella e fasta la
 loma dela cañada de alarcon e desde alas aguas de butaroc e desde alas aguas de may e como na sobel el puelo e
 desde fasta la saruela e desde fasta de may cofa engruadafama e desde asomo delas lanoro de fuer. cassal e
 por somo delas laboies de alouendas e por el otero de susse e desde ala cabera lenda e por la cabera del aguija e desde
 por somo del lomo con descendien las aguas alarabera de mouit neg ello que es cerca del ual del amisa e desde
 como na por el val de la casa faza la cabezuela que esta sobel la fuer de ydrial e por el ual que es en la pre
 diesta dela fuer de ydrial e falle ala carrera toledana que pasa por cabayellas con toda la gfa que se enoesta
 en estos lugares sobel dños e fasta en somo delas sierras asi yerro como poblado e por q flos falla mas fferro
 quos dixerio sobre jura los que preguntamos sobre esto que el auiso de segovia heran tenedro de los lugares dños

Cercedilla tenía costumbre de celebrar una romería el día de la Natividad y reunirse en una cerca junto a la ermita para tratar asuntos del concejo.

El segundo topónimo que sin duda guarda relación con nuestro municipio es Don Gobienzo, escrito originalmente como Govienço. Un error de transcripción, perpetuado durante más de cuatrocientos años, ha mantenido oculto a este familiar Don Gobienzo tras un opaco Don Gomezón, y de nuevo la ayuda de fuentes locales es fundamental para vincular esta segunda herreía con el actual término municipal de Cercedilla. También junto al río Guadarrama, en los alrededores del Puente de la Venta, en la zona conocida como Prado de Santa Catalina (en cuyas inmediaciones existe por cierto una antigua vereda y cacera con el significativo nombre de El Hornillo), arranca la conocida cacera de Gobienzo y el arroyo del mismo nombre. Las referencias de archivo posteriores resultan irrefutables: al menos desde finales del siglo xv existieron una venta y una ermita que, según la documentación conservada en el archivo parroquial de Cercedilla y en el archivo de Simancas, se denominaba Santa Catalina de don Gobienzo. Así, por ejemplo, en 1488 los Reyes Católicos concedían a una tal Catalina Martínez, viuda de Benito Martínez,

licencia para poder sacar trigo, cebada y centeno de determinadas ciudades para abastecer la venta que posee «al pie del puerto de la Fuenfría, que dicen de Don Gouienço». Y este nombre aún se conservaba en la memoria colectiva de los habitantes de nuestra localidad tres siglos después de la sentencia del rey Sancho. Así, por ejemplo, en el año 1564 una mujer de Cercedilla llamada Catalina la Escribana dejó en su testamento una última voluntad en la que rogaba que «todo lo den para el retablo y reparo de la dicha ermita de Santa Catalina de Govienço».

No hay que olvidar que desde 1273 el rey Alfonso X, para facilitar la comunicación y asistencia a los viajeros, eximía completamente de impuestos a todas aquellas personas que habitasen en las ventas o alberguerías de la sierra de Guadarrama. Y este privilegio sería ratificado por su hijo en 1292: los «omes bonos alvergueros» quedaban así eximidos del pago de pechos. Con total certeza, un par de aquellos «omes bonos» fueron los fundado-

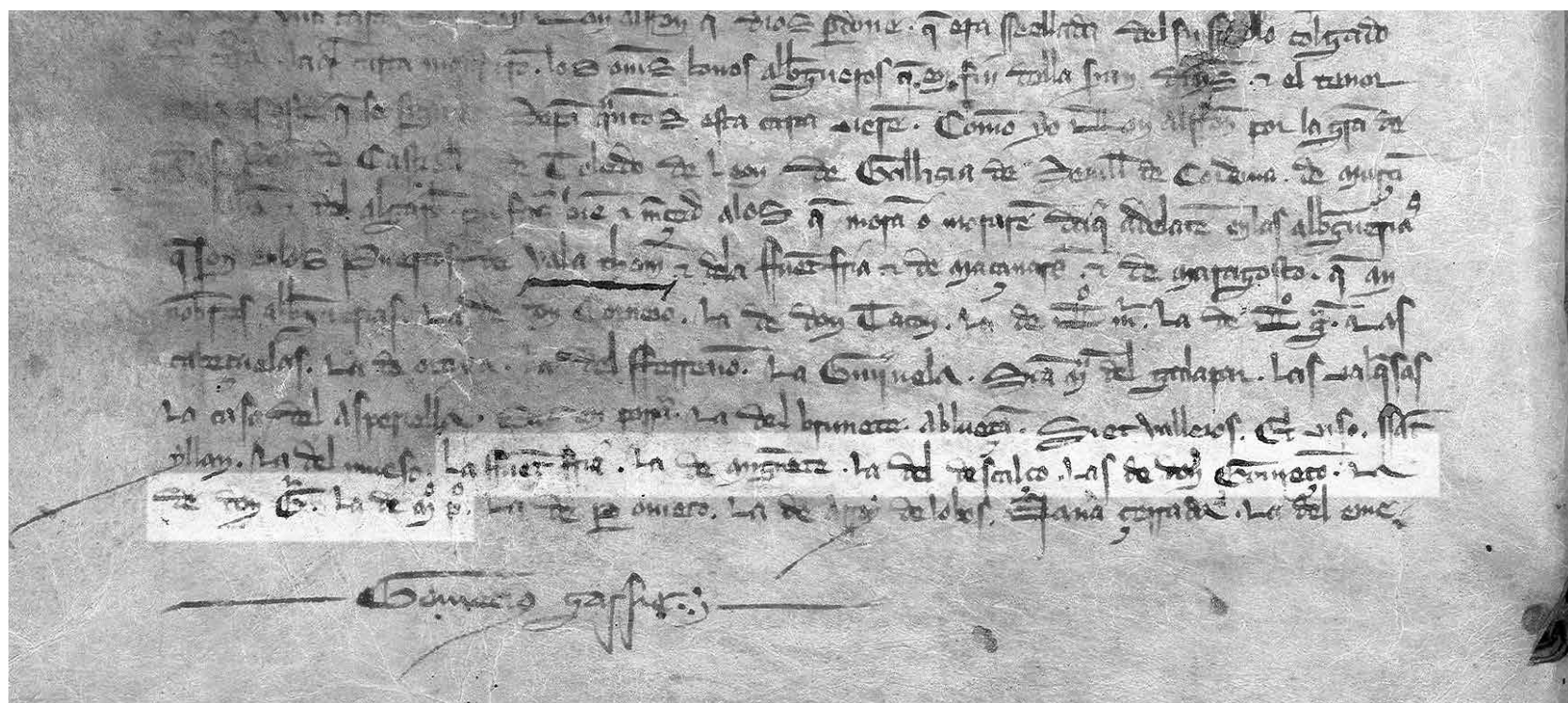
res de Cercedilla, que se confirma así como un lugar dedicado al servicio de los viajeros desde sus más remotos orígenes.

Un par de aquellos «omes bonos» fueron los fundadores de Cercedilla

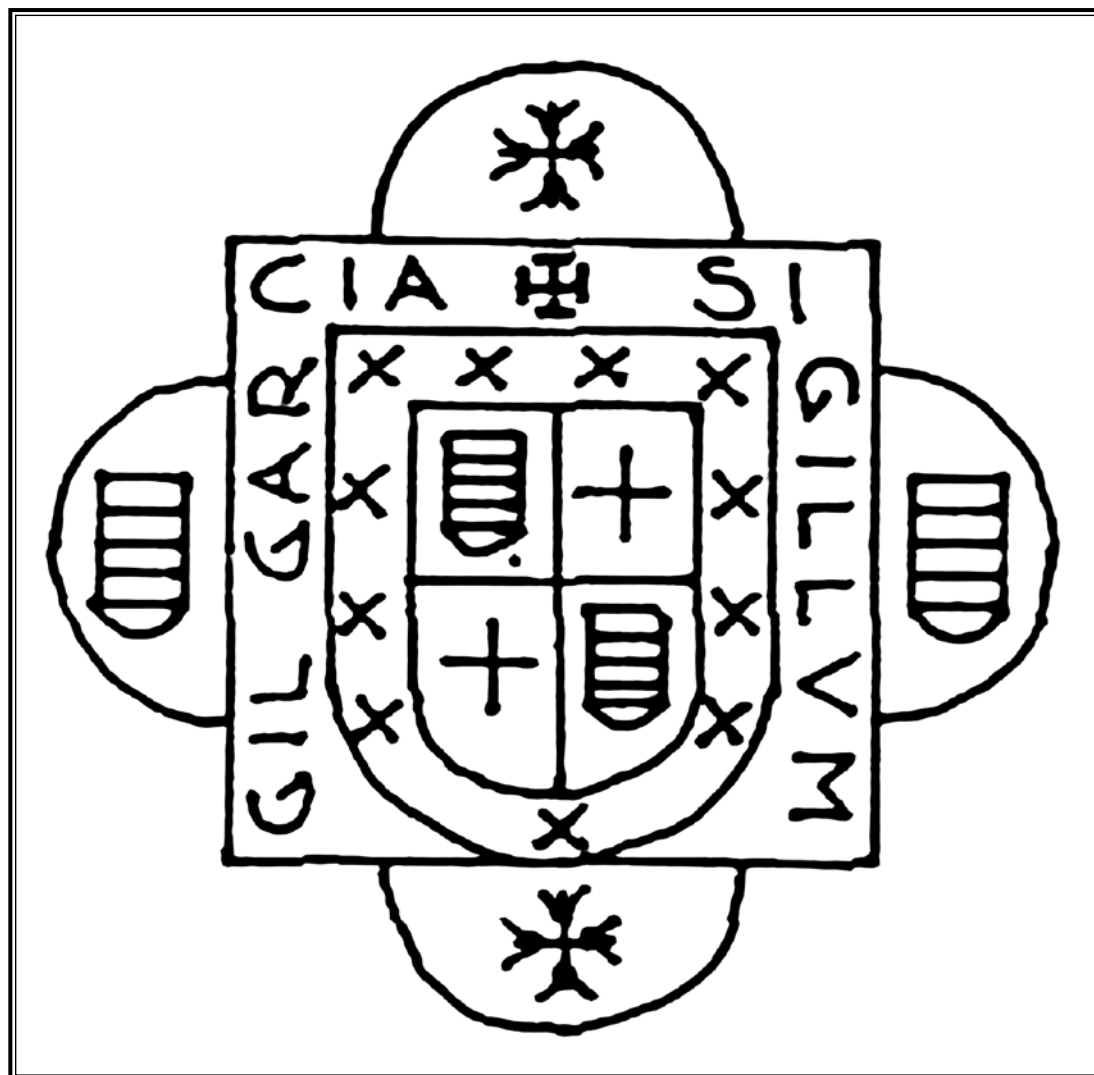
Pero ¿qué eran exactamente estas ferrerías medievales? Existen dos posibilidades. Las llamadas «ferrerías de aire» eran pequeñas explotaciones siderúrgicas en zonas de abundante madera donde se transformaba el hierro en aperos de labranza, objetos de metal y armas, situadas habitualmente en claros del bosque donde se levantaban hornos cilíndricos de piedra. En segundo lugar, el término *ferrería* podría derivar del latín *farrago*, *farraginis*, es decir, «mezcolanza», que daría lugar al *herrerén* castellano, el terreno sembrado con una mezcla de avena, cebada y trigo para ali-

mento de las bestias. En este sentido, las herrerías no serían ni más ni menos que prados acotados con alguna vivienda aislada o pajar en los alrededores, que debía servir de albergue o venta para dar cobijo y resguardo a pastores y viajeros, las mismas que sirvieron de escenario a las desventuras

Extracto de la carta de privilegio de Alfonso X por la que se exime de todo pecho y pedido, de todos los servicios de fosado, fonsaderas y facendera a los moradores de las alberguerías que se hallan en el término de Segovia, de 1273 (AMS legajo 528)



Sello de Gil García, último patrón de la alberguería de Don Gutierre, procedente del testamento de Gil García en Segovia a 11 de agosto de 1314 (AMS pergaminos, carpeta VI, n.º 7)



amorosas de Juan Ruiz, tal y como las canta el Arcipreste de Hita en su *Libro de buen amor*.

Y un último detalle que da lugar a una segunda hipótesis, más especulativa e imposible de fundamentar sin un exhaustivo trabajo arqueológico: el documento emplea el plural, se refiere a «las alberguerías de Don Gobienzo», lo que hace pensar no tanto en una única edificación, sino en una serie de pequeños herrenes, chozas o casas aisladas que ocuparían parte del actual núcleo urbano de la localidad; tanto la cacera como la venta y su ermita habrían surgido entonces en paralelo o de forma sucesiva para acabar formando parte de ese conjunto.

Y ahora que tenemos la confirmación de que los primeros herrenes y asentamientos estables en nuestra localidad fueron fruto de la repoblación segoviana, con ayuda de los privilegios fiscales, y disponemos de dos nombres propios, resta la última pregunta: ¿quiénes fueron estos don Gutierre y don Gobienzo?

Desde finales del siglo XIII y principios del XIV la administración de las tierras que formaban parte de los sexmos en lo que los segovianos llamaban la Transierra estaba en manos de los miembros de una élite urbana formada por caballeros villanos, también conocidos con el nombre de *quiñoneros*. Se trataba de un grupo social privilegiado que formaba parte de la oligarquía dirigente (caballería villana), responsable

de abrirse camino trazando cañadas, creando poblados y distribuyendo la tierra durante la primera fase de expansión allende la sierra (el *quiñón* era originalmente «la quinta parte de la tierra donde se siembra», y en el caso segoviano se transformó en una unidad fiscal en los repartimientos de tierras; *quiñoneros* eran, por lo tanto, los caballeros que disfrutaban de una situación de privilegio fiscal para la ocupación de las tierras). La actual Cercedilla estaba integrada en la llamada cuadrilla de Los Linares, que a su vez formaba parte del sexmo de Manzanares, donde se encontraba la cabeza de partido.

A pesar de la proximidad a Segovia y de encontrarse en uno de los principales ejes de comunicación entre el norte y el sur de la Villa y Tierra segoviana, los alrededores de nuestra localidad fueron probablemente una de las zonas

menos pobladas del sexmo. Las condiciones del terreno y la climatología adversa sin duda alejarían a los primeros pobladores, que habrían preferido asentarse en lugares menos próximos a la línea de cumbre, como Colmenar Viejo, Manzanares, Soto del Real y Miraflores, donde se concentró el esfuerzo roturador y repoblador del sexmo. Después, las decisiones políticas que prohibían a los segovianos realizar nuevas pueblas o roturar nuevos terrenos habrían venido a perpetuar esta situación. En un documento conservado en la Biblioteca Nacional que describe las atribuciones de los caballeros *quiñoneros* en varias zonas del sexmo de Manzanares, se especifica que en la cuadrilla de Los Linares no debían hacerse «roturas», es decir, quedaba prohibido cultivar y levantar nuevas cercas en la zona, a no ser que se pudiera mantener caballo y armas y se dispusiera de casa

habitada en la ciudad de Segovia. Por tanto, solo los caballeros con medios económicos suficientes para mantener un caballo y que viviesen en la ciudad podían beneficiarse de la ocupación de las nuevas tierras. Se les asignaban unos territorios específicos y se imponía la obligatoriedad de ocupar tierras dentro de áreas delimitadas de manera detallada, con reglas de uso específicas, como que la tierra ocupada no podía trocarse, de forma que cada cual debía aceptar la porción que le fuera asignada según la parroquia de pertenencia en la ciudad de Segovia.

Vamos entonces acercándonos al perfil de nuestros dos patriarcas: don Gutierre y don Gobienzo fueron sin duda caballeros quiñoneros, miembros de la élite urbana de la capital segoviana, de ahí el *don*, a quienes se habría reconocido la facultad para repoblar la zona.

La familia de nuestro don Gutierre aparece ya en las obras de los cronistas Diego de Colmenares y Juan Román y Cárdenas; en concreto, en el capítulo XIX de la obra de Colmenares se menciona a don Gutierre Miguel como el fundador de la venta que se encontraba en el arranque de

la vertiente segoviana del puerto de la Fuenfría, y que en ocasiones aparece referida también como alberguería y hospital de peregrinos.

LOS AÑOS PASADOS HABÍA FABRICADO DON GUTIERRE MIGUEL LA VENTA DE LA FUENFRÍA, Y, DESPUÉS DE SU MUERTE, DOÑA ENDE-RASO, SU MUJER, FABRICÓ UN MOLINO EN RÍO-MOLINOS; Y DE AMBAS HEREDADES FUNDÓ VÍNCULO DE SUCESIÓN, QUE HOY LLAMAN MAYORAZGO, EL CUAL CONFIRMARON EN TOLEDO EL REY, PRELADOS Y RICOS HOMBRES EN TRES DE ENERO DE MIL Y DOCIENTOS Y UN AÑOS.

De este don Gutierre dice Colmenares que fue «uno de los más señalados caballeros que florecieron en los principios del reinado de don Alfonso el Noble, a quien hizo grandes y señala-

dos servicios». Su hijo, Garci Gutierre, fue alcalde de Segovia, pero cayó en desgracia y perdió el favor real, precisamente por sus intentos de poblar la zona de Manzanares. Sin embargo, para nuestra historia es el nieto de aquel Gutierre Miguel quien interesa, pues, según la crónica de Juan Román y Cárdenas, «sucedió en la casa a Garci Gutierre de Segovia su hijo mayor, don Gutierre García, por quien tomó el nombre la ferrería de Don Gutierre, en el término de Mançanares, que poseía en el año de 1287».

Este don Gutierre García estuvo casado con doña Juana Fernández de la Torre, miembro de una de las familias más importantes de la caballería villana segoviana, con la que tuvo un solo hijo, Garci Gutierre de Segovia, que también fue alcalde de Segovia y que sucedió a su padre en 1298. En 1309, Fernando IV puso al mando de las tropas segovianas que participaron en la guerra de Algeciras y Granada precisamente al hijo y al nieto de don Gutierre García, y don Gil García de Segovia (...-1322), nieto de Gutierre García y último heredero del mayorazgo, fue además procurador en Cortes. Casado con doña Urraca González de Contreras, tuvieron un solo hijo varón, Garci Gil, que falleció antes que su padre, por lo que aquel dejó su patronato al cabildo de la Iglesia Catedral de Segovia.

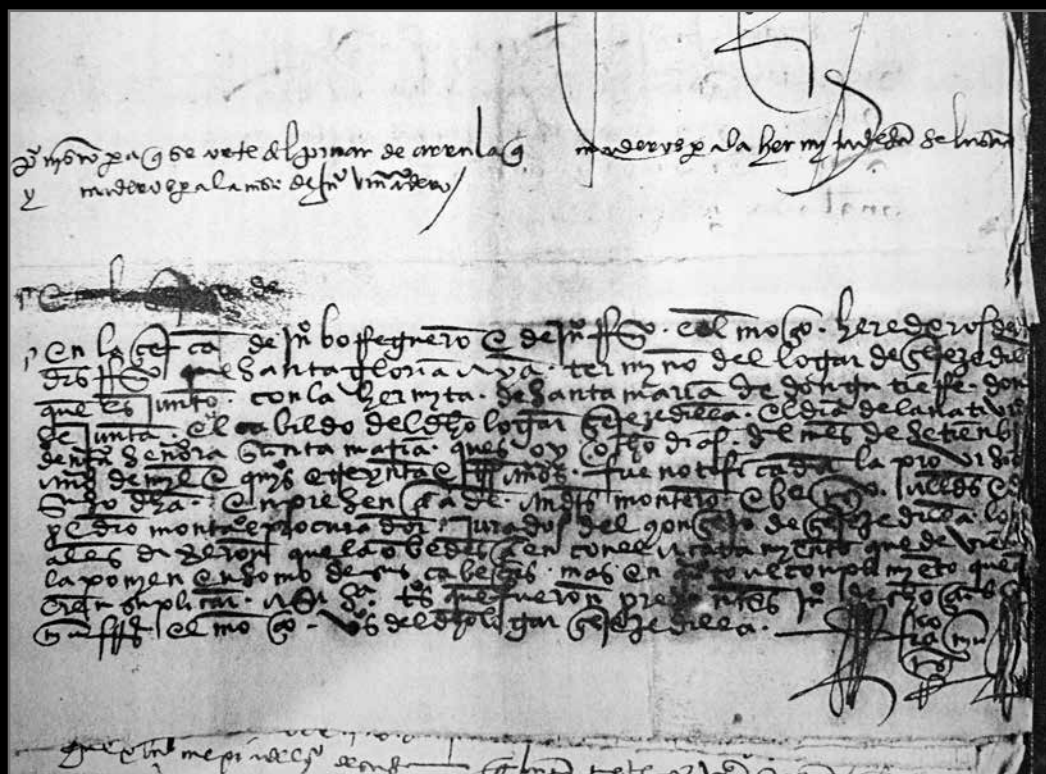
Sobre don Gobienzo las fuentes no han sido tan generosas, y desconocemos los detalles de su biografía. Sea como fuere, el embrión de lo que un día llegaría a convertirse en Cercedilla se encuentra en las iniciativas de estos dos caballeros segovianos, nuestros padres fundadores, dos personajes cuya memoria acabó desdibujando el tiempo, a pesar de que más de siete siglos después cada 8 de septiembre seguimos bajando a la ermita que llevó el nombre de uno de ellos, mientras que el otro nos observa en silencio desde un rincón del callejero.



Placa de la calle Cacera de Gobienzo, en el actual núcleo urbano de Cercedilla (foto de Daniel G. Pelillo)

CERCEDILLA INÉDITA

Al menos desde 1533 el Ayuntamiento de Cercedilla tenía costumbre de celebrar una romería el día de la Natividad hasta la ermita de Santa María, y allí, junto a una cerca, tratar asuntos importantes del concejo. Así lo demuestra el documento inédito que aparece en esta página (fragmento del «Pleito entre Cercedilla y Navacerrada sobre el aprovechamiento del pinar de Arrulaque»), que, con la escritura del castellano del siglo XVI, viene a decir lo siguiente en castellano de hoy (AHN Osuna, 2381, 13):



En la cerca de Juan Borreguero y de Juan Rubio el mozo, herederos de Andrés Rubio, que santa gloria haya, en el término del lugar de Cercedilla que se encuentra junto a la ermita de Santa María de Don Gutierre, donde se junta el cabildo del dicho lugar de Cercedilla el día de la Natividad de Nuestra Señora Santa María, que es hoy, ocho del mes de septiembre de mil quinientos treinta y tres, fue notificada la provisión susodicha en presencia de Andrés Montero y B[ernabé] Martín, alcaldes ordinarios, y de Pedro Montalvo, procurador jurado del concejo de Cercedilla, los cuales dijeron que la obedecen con el tratamiento que debieren y la ponen en sumo de sus cabezas, mas en cuanto al cumplimiento quieren suplicar a Su Señoría. Testigos que fueron presentes: Juan de Chozas, Martín Fernández el mozo, vecinos del lugar de Cercedilla.

Francisco Martínez [firma]

Ermita de Santa María en una fotografía de la primera mitad del siglo XX, anterior a la reforma de los años cincuenta (foto de G. H. Alsina)



TAMBIÉN...

UNAMUNO

Javier López Iglesias

Miguel de Unamuno también paseó por Cercedilla. No es difícil imaginar su mirada reflexiva sobre el horizonte peculiar de Siete Picos. No es difícil acoplar nuestros pasos a los suyos entre los pinos viejos y los aires nuevos que buscaban quienes se sentían parte de la Institución Libre de Enseñanza y salían de la ciudad —acompañando o no, según la vez, a Giner de los Ríos— para sentirse campo.

También Unamuno paseó por Cercedilla. Fue al menos en dos ocasiones. Azorín, su amigo, constata esa querencia al evocar las excursiones del profesor.

Buscaba la naturaleza con afán. «Bañarse en un regato, secarse al sol, comer frugalmente y echarse a la sombra de un castaño a sestar», dejó escrito quien, haciendo bueno que viajar no es llegar sino estar yendo, caminó Las Batuecas, Las Hurdes, la Peña de Francia y los montes del Guadarrama.

No es difícil imaginar su perfil asomado a este paisaje. «Donde la naturaleza está, me siento más humano y libre». No es difícil que en algún tramo de los versos que escribió en el verano de 1913 tras una de sus caminatas anidara el eco de una de aquellas visitas, dos al menos, que tuvieron Cercedilla y su entorno como destino:

*Tendido cara al cielo aquí en la cumbre
lejos del llano en que la gente brega
libre de la penosa pesadumbre
del oficio civil en que se anega
mi congoja vital en la cumbre
mientras el viento en mis cabellos juega
limpio mi carne de la vieja herrumbre
de la ciudad. El sol arde en mi frente
en mis venas la sangre como río
manso discurre sosegadamente,
me entretengo del momento al albedrío
y el porvenir fundido en el presente
todo el encanto de la paz es mío.*



Ilustración de Juan Triguero

PINO DE VALSAÍN

Pinus sylvestris var. *iberica*

Manuel Peinado

Alrededor de la cuenca del Mediterráneo los pinares constituyen una de las formaciones vegetales más características y diversificadas. Junto a *Quercus*, el género *Pinus* es el taxón con mayor número de especies, subespecies y variedades no ya de las áreas circunmediterráneas, sino de Europa y de todo el reino Holártico. De las nueve especies de pinos mediterráneos, seis aparecen de forma natural en la Península Ibérica.

No obstante, cuando se habla del área natural de los pinares conviene tener cautela porque la plasticidad ecológica de los pinos, su tolerancia a condiciones adversas y el rápido crecimiento y bondad de su madera han hecho que desde los inicios de la silvicultura estas coníferas hayan sido cultivadas y taladas con igual profusión, de modo que resulta todavía difícil definir cuál es su verdadera área de distribución.

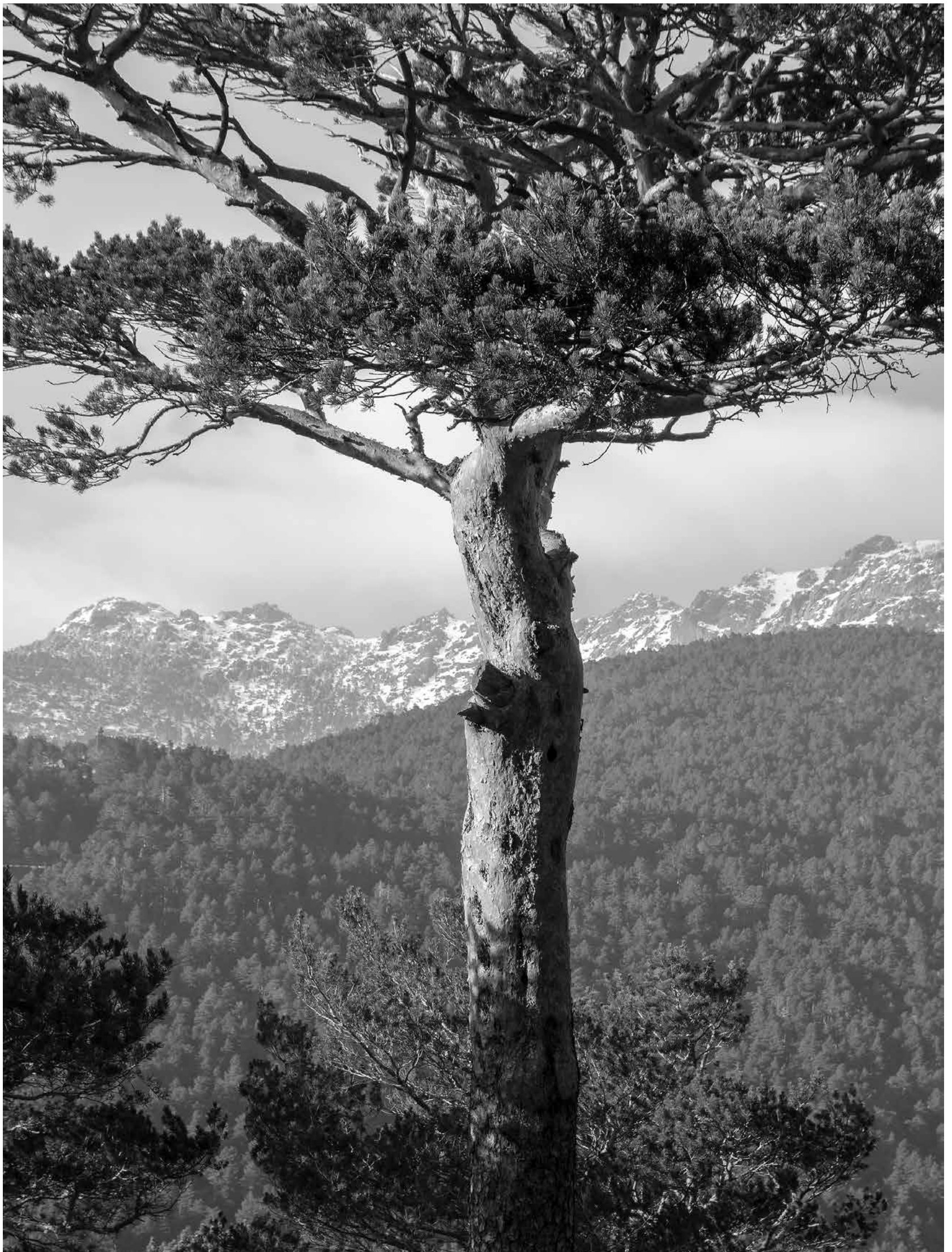
Las coníferas son en general especies tolerantes a las restricciones, al contrario que las frondosas, como robles o hayas. Pero si las condiciones ecológicas resultan aceptables, no hay color: las competitivas frondosas se imponen a las coníferas. En condiciones intermedias, la lucha biológica conduce a la aparente paz del bosque mixto. Esta característica (poca competitividad pero mucha tolerancia) es común a casi todas las conífe-

ras del mundo y consecuencia probable de su antigüedad filogenética. No es extraño, por lo tanto, que en todos los ecosistemas que permiten el crecimiento arbóreo las coníferas se encuentren generalmente expulsadas de las zonas más favorables. De hecho, el bosque mediterráneo de coníferas puede ser considerado un hábitat marginal, el peor biotopo para el crecimiento del bosque dentro de su macrobioclima.

Como otras muchas coníferas, los pinos —una estirpe genealógicamente mucho más antigua que la de las frondosas— han practicado una estrategia que ha servido para salvar las especies actuales de la extinción que sufrieron muchos de sus congéneres a lo largo del Terciario y del Cuaternario. Durante el Terciario, tras la aparición de las angiospermas ocurrida en la era anterior, se inició una competencia entre las emergentes y jóvenes frondosas y las viejas coníferas, peor

preparadas para los cambios climáticos hacia climas más secos y cálidos que se producían entonces. Familias, géneros y especies de gimnospermas, incluyendo muchas coníferas, sucumbieron en aquellas confrontaciones bioecológicas de adaptación a los nuevos nichos que se estaban formando en la biosfera. Entre las coníferas sobrevivieron las capaces de practicar la estrategia de la frugalidad y de la resistencia.

Los pinos en general, y las especies mediterráneas en particular, son árboles frugales, de pocas exigencias ecológicas, lo que les permite prosperar en condiciones edáficas limitantes para las frondosas, como los litosuelos, las margas, las arenas, los yesos o los suelos evolucionados a partir de rocas que, como las dolomías, las serpentinas o las peridotitas, son nutricionalmente deficitarios o incluso tóxicos para muchas otras plantas. Más aún, además



Pinus sylvestris en el valle de Navalmedio; Siete Picos al fondo (foto de Daniel G. Pelillo)

PLANTAS DE AQUÍ

de soportar esos factores limitantes, los pinos crecen en zonas de relieves abruptos con fuerte insolación y alta escorrentía, a lo que se une las más de las veces el clima adverso, puesto que —arrinconados por las exigentes frondosas— encontramos pinares en condiciones de extrema continentalidad, con fríos extremos y agostadores calores estivales, como las que aparecen en las parameras y en la alta montaña mediterránea.

Hablar de pinares en Madrid es hacer referencia a los que pueblan la Sierra, cuyo dosel está dominado exclusivamente por el llamado pino de Valsaín (*Pinus sylvestris* variedad *iberica*). Este es, naturalmente, el pino dominante en Cercedilla, pero no el único porque, al margen de algunos pinos cultivados como ornamento en parques y jardines, en la peña del Águila y en peña

Bercial aparecen pequeñas poblaciones procedentes de reforestaciones del pino negro o de montaña (*Pinus uncinata*). El pino negro ocupa de forma natural crestones y laderas por encima de los 1700 metros y cuenta con las mejores masas en los Pirineos; las poblaciones naturales más meridionales y próximas a nosotros alcanzan la sierra de Gudar (Teruel) y el pico de la Cebollera (Soria).

Centrémonos, pues, en el *Pinus sylvestris*, cuya área natural es inmensa, con grandes masas en toda Eurasia desde el cabo Norte en Noruega al estrecho de Bering en el extremo oriental de Siberia, y está comprendida en el hemisferio Norte entre los paralelos 37.º (Sierra Nevada) y 71.º (norte de Escandinavia). En España se extiende principalmente por los Pirineos (variedad *catalaunica*), la cordillera Ibérica y la

cordillera Central, y llega hasta Sierra Nevada (variedad *nevadensis*). Las poblaciones del Sistema Central, las del pino de Valsaín, junto con las de la cordillera Ibérica han sido agrupadas en la variedad *iberica*.

En talla y volumen, el pino de Valsaín es uno de los más majestuosos entre los españoles. En buenas condiciones puede alcanzar los cuarenta metros, aunque en la Sierra llega escasamente a los quince, veinte en los casos excepcionales de Valsaín o Navafría. Los árboles de las zonas altas y escarpadas, sometidos a la acción de los fuertes vientos, de la ventisca y con poco suelo, crecen tortuosos y achaparrados sin sobrepasar los nueve metros, de forma que en nada se parecen a las esbeltas siluetas de los árboles de los niveles bajos, pero tienen el valor didáctico y la belleza de su capacidad de resistencia y de adaptación.

Piñas y acículas de *Pinus sylvestris*
(foto de Luis Monje)



Piñas y acículas de *Pinus uncinata*
(foto de Luis Monje)

Como bien saben los caminantes del Sistema Central, el pino albar posee un potente sistema radicular que ancla el árbol a terrenos muy variables y le permite soportar todo tipo de inclemencias, hasta el extremo de que pocas veces los fuertes vientos consiguen desarraigarlo. Un rasgo peculiar de este pino, al menos en las manifestaciones peninsulares, se encuentra en la corteza, al principio grisácea, pero en la que, prontamente, en la parte superior del tronco aparecen unas placas escamosas de color amarillo rojizo (salmón), que le diferencian entre todos los pinos españoles.

Delgadas y punzantes como agujas, las hojas van por parejas agolpadas en

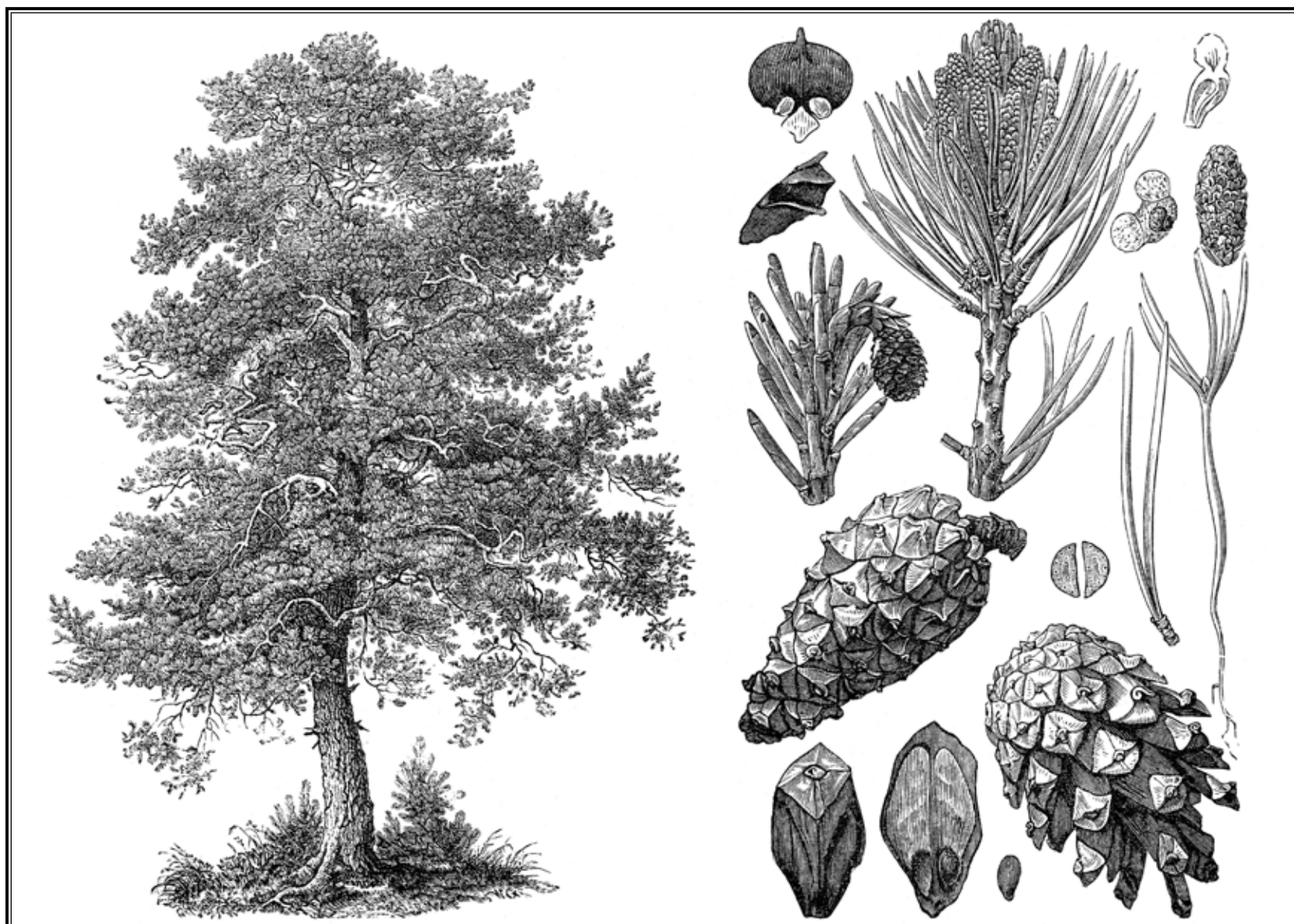
las partes jóvenes de las ramas; estas acículas tienen un tinte verde blanquecino característico, y no pasan de

cinco o seis centímetros, las más cortas de nuestros pinos. Los conos masculinos miden del orden de un centímetro, pero cada uno puede producir cientos de miles de granos de polen con dos vesículas flotadoras que los mantienen en el aire; cuando por fin caen, se adhieren a las plantas y a las botas al caminar sobre ellas. Los conos femeninos, las piñas, son pequeñas (4-6 cm x 2-3 cm), aunque ya maduros aparentan ser más

anchos por la separación de las brácteas; los piñones llevan un ala que sirve para su dispersión y no son comestibles.

El pino de Valsaín es uno de los más majestuosos entre los españoles

El pinar es un bosque aciculifolio compuesto exclusivamente en su estrato arbóreo por pinos de distintas edades y alturas cuando no ha sido explotado, y más homogéneo cuando ha sufrido talas. Los árboles forman un dosel de copas con una cobertura que va desde el sesenta al noventa por ciento, aunque suele estar regularmente abierto, lo que permite una buena iluminación de los estratos inferiores. El estrato arbustivo es muy denso gracias a la luz que recibe y se compone de jóvenes pinos diseminados, dos enebros de media y alta montaña (*Juniperus communis* subespecies *alpina* y *hemisphaerica*) y de piorros serranos (*Cytisus oromediterraneus*, taxón de nomenclatura un tanto confusa que también ha sido llamado *Cytisus balansae* y *Cytisus purgans*). Dada la acidificación del sustrato que produce la abundante pinaza, el estrato herbáceo es poco significativo, al igual que el de



Porte típico y distintas partes de un ejemplar de *Pinus sylvestris* en una ilustración científica histórica



Fustes rectos de *Pinus sylvestris* típicos de los ejemplares que crecen en condiciones favorables; cerca de Collado Albo, Cercedilla (foto de Daniel G. Pelillo)

líquenes y musgos terrícolas, aunque entre las hierbas tal vez se puedan destacar un componente graminoide de cierta importancia, con *Avenella flexuosa* subespecie *iberica*, *Arrhenatherum elatius* subespecie *carpetanus*, *Agrostis castellana*, *Festuca iberica*, *Nardus stricta* y otras herbáceas como *Linaria nivea*, *Luzula lactea*, *Jasione laevis* subespecie *carpetana*, *Leontodon hispidus* subespecie *carpetanus* y pocas más. En ocasiones, alrededor de la laguna de Peñalara, en el cerro del Telégrafo o en Siete Picos se incorpora el arándano (*Vaccinium myrtillus*), especie que escasea en el resto de los bosques serranos, salvo en los hayedos.

Son muy duras las condiciones climáticas que afectan al pinar. En la alta montaña mediterránea la radiación es muy fuerte durante los días despejados, que pueden sumar un centenar al cabo del año, más otros sesenta o setenta ligeramente nubosos. Aunque la pluviosidad es buena, su distribución resulta notablemente irregular de un año para otro. Igual que la variación mensual, con un desplome estival paliado con ligeras precipitaciones de régimen tormentoso. Otro condicionante son las temperaturas mínimas,

cuyas medias no alcanzan los cero grados durante cuatro meses y, durante otros dos, abril y noviembre, no llegan a un grado sobre cero. El periodo vegetativo es, pues, muy corto y se ve frenado casi todos los meses del año por la existencia de heladas ocasionales. Por el contrario, las medias de las máximas son altas. La capacidad de adaptación del pino a los climas contrastados se pone de manifiesto en las oscilaciones térmicas anuales que soporta, que en Guadarrama llegan a ser de cincuenta grados. La cobertura de nieve es muy variable en espesor y permanencia; los pinares bajos mantienen un manto más o menos continuo durante tres o cuatro meses, y en los casos especialmente favorables puede permanecer hasta seis o siete meses.

Con estas condiciones, el pinar natural ocupa una banda entre los 1700 y los 2100 metros, cifras que vienen a

matizar factores topográficos como la exposición o los efectos de cumbre. En general, nunca baja de forma espontánea más allá de los 1600 metros y tampoco pasa mucho de los 2100.

Hacia arriba, llega un momento en que el bosque se acaba y solo continúan los arbustos del sotobosque sin que puedan seguirles los pinos.

Fuera de sus límites naturales, el pino se ha cultivado en el dominio del melojar aprovechando la fertilidad de las tierras pardas subhúmedas propias de este y las mejores condiciones climáticas, ya que aquí dispone de un periodo vegetativo sensiblemente más largo. En estos suelos, más profundos y frescos, se obtienen árboles de hasta treinta y cinco metros de altura, con fustes rectos y

con pocos nudos, muy adecuados para el uso en tablones. Parte del pinar de Valsaín, por ejemplo, está cultivado en el dominio del roble melojo (*Quercus pyrenaica*). A pesar del magnífico

Fuera de sus límites naturales, el pino se ha cultivado en el dominio del melojar

desarrollo vegetativo del pino cultivado en este dominio, su regeneración espontánea es muy deficiente y, abandonado a su suerte, sin la protección del hombre, cedería el paso al señor natural del territorio, el roble, en unas pocas generaciones. Los cultivos de pinos en zonas correspondientes al robledal se reconocen por lo homogéneo de la población, por los límites bruscos de las masas arbóreas y por la presencia ocasional de melojos y la habitual del helecho águila (*Pteridium aquilinum*), que explota las tierras pardas producidas por el melojar y que falta o es muy raro en los pinares

El pinar con enebros de la sierra de Guadarrama posee un alto valor estético

genuinos. Por el contrario, la presencia de la gramínea *Avenella flexuosa* subespecie *iberica* indica que el pinar se encuentra en su piso natural.

El pinar con enebros de la sierra de Guadarrama posee un alto valor estético y está ligado al paisaje serrano a tal punto que, sin él, quedaría desvirtuado. No podemos imaginar la Fuenfría, Navacerrada, Navafría o Siete Picos sin los pinares de pino albar. Y, sin embargo, cada vez corren más riesgos o se desnaturalizan debido a las ur-

banizaciones, a las prácticas silvícolas —aclareos, limpieza, sacas, etcétera—,

a los incendios, a las plagas, al trazado de carreteras y a las actividades recreativas.

No puedo dejar de recomendar la visita a uno de los cuarenta árboles singulares del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama, el llamado «pino albar de la cadena», un ejemplar con un fuste recto de casi veinticinco metros de altura, unos tres de diámetro de tronco a la altura del pecho y alrededor de doscientos años de edad. Quienes estén leyendo estas páginas seguramente sepan dónde se encuentra. Si no es así, salga el lector caminante desde El Ventorrillo y baje por la pista de los Baldíos hacia el río. No tiene pérdida: la cadena que lo rodea, con la leyenda «Memoria», es su tarjeta de presentación.



Pinus sylvestris con el porte tortuoso característico de los ejemplares que crecen en zonas con fuertes vientos; alto del Telégrafo, Cercedilla (foto de Daniel G. Pelillo)

PALABRAS PARA HABLAR DE PLANTAS

acícula. Con forma de aguja; cada una de las hojas delgadas y más o menos punzantes que aparecen en muchas plantas, como los pinos.

aciculifolio. Masa vegetal que, como los pinares, está dominada por coníferas de hoja acicular.

angiosperma. Unidad de clasificación de los vegetales que equivale a plantas con flores; con más de doscientas cincuenta mil especies, las angiospermas son el grupo de plantas más diversificado. Ver *gimnosperma*.

biosfera. Capa constituida por agua, tierra y una masa delgada de aire en la que se desarrollan los seres vivos; comprende desde unos diez kilómetros de altitud en la atmósfera hasta los fondos oceánicos.

biotopo. Espacio geográfico con unas condiciones ambientales determinadas para el desarrollo de ciertas especies animales y vegetales; así, se habla del «biotopo marino» o el «biotopo desértico».

bráctea. Hoja de las inflorescencias, de pequeño tamaño y diferente de las hojas normales de la planta, como la que suele haber junto al punto de inserción del cabillo de cada flor.

condiciones edáficas. De *edaphos*, suelo; se dice de las características del suelo que condicionan la vida de los organismos en general, y de las plantas en particular.

conífera. Conjunto de plantas gimnospermas cuyas estructuras reproductoras (masculinas o sacos polínicos; femeninas o semillas) aparecen dispuestas en órganos con forma aproximada

de cono, como las piñas de los pinos o las de los cipreses.

estrato. Salvo en medios extremos, como los polares, las comunidades vegetales están formadas por individuos de diferentes tamaños que se disponen formando capas o estratos; así, en un pinar hay un estrato dominante formado por los pinos, cuyas copas constituyen el estrato arbóreo, superior, dominante o dosel; por debajo de este suele haber otro estrato intermedio conformado por los pinos jóvenes y otros arbustos; a continuación, un estrato herbáceo en el que dominan las hierbas, y, por fin, otro constituido por musgos y líquenes (estrato liquénico muscinal).

frondosa. Se dice de los árboles que, como los robles, las encinas o las hayas, tienen hojas más o menos anchas (frondes).

fuste. Tronco principal de un árbol.

gimnosperma. Unidad de clasificación de los vegetales que equivale a plantas sin verdaderas flores ni frutos; típicamente, las gimnospermas poseen conos, aunque algunas, como los tejos femeninos, carezcan de ellos; evolutivamente, las gimnospermas son más primitivas que las angiospermas y su número ha ido disminuyendo por la extinción de muchos grupos; en la actualidad son alrededor de mil especies, entre las que se encuentran los pinos, los cipreses, los enebros o los tejos.

graminoide. Relativo a las gramíneas o cereales, como el trigo, la avena o el carrizo.

macrobioclima. Cada uno de los grandes tipos de climas que dominan la Tierra, en la que se reconocen cinco macrobioclimas: Boreal, Mediterráneo, Templado, Tropical y Polar.

melojar. Bosque dominado por el roble melojo o rebollo *Quercus pyrenaica*.

periodo vegetativo. También llamado *periodo de actividad vegetal*, equivale al número de meses del año durante los cuales una determinada planta o grupo de plantas pueden crecer; por lo general, viene determinado por la temperatura y el agua disponible.

reino Holártico. El reino Boreal o reino Holártico es uno de los territorios florísticos en los que los biogeógrafos dividen la Tierra; incluye las regiones templadas, mediterráneas, boreales y árticas de Norteamérica y Eurasia.

selvicultura o silvicultura.

Conjunto de conocimientos y técnicas encaminadas al manejo de los bosques (selvas o silvas).

sistema radicular. Conjunto de raíces, raicillas y radículas de una planta.

sotobosque. También llamado *subvuelo*, está formado por los estratos subordinados al dosel arbóreo.

taxon o taxón. Cada uno de los grupos (especie, género, familia, orden, clase, división) en los que se clasifican los organismos; por ejemplo, el pino albar, cuando se clasifica en un sistema taxonómico, pertenece al taxón *Pinus sylvestris*, pero si se habla de los pinos en general, estaremos hablando de un taxón a nivel de género, *Pinus*.

vesícula flotadora.

Protuberancia rellena de aire que aparece en los granos de polen de algunas plantas, como los pinos, destinada a aumentar la liviandad del grano y favorecer su transporte aéreo.

MORIR DE ÉXITO

Jonathan Gil Muñoz

Un estudio realizado en el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama para ensayar una nueva forma de contabilizar el número de visitantes que recibe el espacio protegido ha dado como resultado que, el año pasado, cerca de 2.700.000 visitantes pusieron los pies dentro del Parque. Y yo me pregunto: ¿estará la Sierra preparada para soportar semejante carga? Desde luego, parece imprescindible que se lleve a cabo una investigación sobre los números compatibles con la conservación del Parque Nacional, objetivo prioritario de su declaración en el año 2013. Es chocante que en La Pedriza se haya realizado una investigación sobre el número de cabras montesas que puede albergar la zona y, sin embargo, no haya nada sobre el impacto de tanto *homo sapiens*.

El asunto no es para nada sencillo, habida cuenta de los muchos usos de los que es objeto el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama (bicicleta de montaña, senderismo, escalada, *runnig*, caza, etcétera). Todos quieren seguir realizando sus respectivas actividades deportivas y de ocio en este espacio, como hasta ahora vienen haciendo.

Pero si estamos de acuerdo en que la base para la convivencia en sociedad es que nuestras libertades terminan donde comienzan las de los demás, no tiene sentido que se pretendan mantener en el tiempo determinados usos a sabiendas del impacto medioambiental que producen. O dicho de otro modo, todos tendremos que hacer algún sacrificio en aras de un bien mayor: la conservación de la Sierra de Guadarrama.

A pesar de las muchas alegaciones y sugerencias que se han presentado al Plan Rector de Uso y Gestión (PRUG) durante su fase de información pública, mucho me temo que pocas o ninguna de ellas van a tenerse en cuenta y que el texto con el que la Comunidad de Madrid pretende gestionar su parte del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama se mantendrá prácticamente intacto. Es cierto que hay limitaciones a los usos que se estaban dando en el espacio protegido (sobre la circulación de bicicletas de montaña

por sendas marcadas o el número de carreras, por ejemplo), pero no es de eso de lo que se trata. En mi opinión, el problema no se está abordando como debería. Me explico. «Castigar» a determinados colectivos y permitir que otros sigan haciendo un uso abusivo, como los millares de senderistas que recorren de norte a sur y de este a oeste los caminos, veredas y montañas de la Sierra, no servirá más que para sembrar discordia. Está claro que lo que ha primado es el deseo de seguir proyectando una imagen de Parque Nacional «abierto», en el peor sentido de la palabra.

Ciertos problemas que ahora se plantean y que ponen en peligro nuestro patrimonio natural e incluso la convivencia sana entre los distintos tipos de visitantes no se daban cuando no existía el Parque Nacional. Desde el año 2013, se está produciendo un mal uso de la figura legal de protección medioambiental. Muchos ya lo advirtieron entonces y el tiempo, tristemente, les ha dado la razón.

Ilustración de Juan Triguero

TEATRO MONTALVO

Tomás Montalvo

GRAN CASINO Y CINE MONTALVO, así rezaba el cartel pintado en la fachada sur del edificio cuando se inauguró en 1952. Los más viejos aún recordamos la canción de Nat King Cole que, a eso de las siete de la tarde, fue durante años el reclamo para el comienzo de la película:

*Tal vez estén llorando mis pensamientos.
Mis lágrimas son perlas que caen al mar.
Y el eco adormecido de este lamento
hace que estés presente en mi soñar...*

Decían entonces que estaba prohibida por la censura, pero lo cierto es que sonó durante años. ¡Y cómo olvidar los caramelos Darling que nos vendían en el pequeño mostrador a la izquierda de la entrada, y las almendras garrapiñadas! Eso sí, las pipas estaban prohibidas.

Arriba, en el gallinero, la entrada era más barata y las sillas mas incómodas. Y eran sonoros los pateos cuando la cinta se rompía o se acababa y tardaban en cambiarla, lo que era frecuente.

Había dos acomodadores abajo y uno arriba, que situaban a la gente en sus localidades, ya que las entradas eran numeradas, y cuidaban además de que hubiera orden en la sala —en el ejercicio de su cargo, a veces hasta tenían que echar a algún espectador que no estuviera guardando las formas debidas—.

En verano, durante el descanso, se llenaban las escaleras de la entrada de gente sentada en las piedras. Y en invierno había buena calefacción: el aire caliente salía por las rejillas situadas a lo largo del pasillo.

Había sesión de tarde (a las siete) y de noche (a las once) los fines de semana, y en verano estaba el pase de los jueves, que era el día de libranza del personal de servicio de los chalés.

Cuando la televisión no había llegado más que a algunos bares, en el Montalvo colocaban un aparato delante de

la pantalla y, por el módico precio de cinco pesetas, se podían ver los partidos de la Copa de Europa del Real Madrid.

A mediados de los setenta cerró y se reinauguró en los ochenta con la película *Rojos*, de Warren Beatty. Y también en los ochenta la Fundación Cultural empezó a organizar proyecciones de «Cine-Arte», los viernes de junio a noviembre a las once de la noche, y conciertos de música clásica los domingos a mediodía.

A sus tablas se subieron, además de los políticos y sus mítines, algunos de los grupos de teatro experimental más rompedores del momento, como el grupo Tábano o el T. E. I. (Teatro Experimental Independiente). Y también los mozos y las mozas del pueblo tenían su momento de gloria en el escenario: una vez al año, para recaudar fondos, montaban obras como *La herida luminosa*, *Las sandalias del pescador* o *Eloísa está debajo de un almendro*.

Así que el Cine Montalvo fue corazón de la vida cultural de este pueblo durante cuatro décadas. Después vino la decadencia. El Montalvo se clausuró y en las décadas siguientes solo conoció tímidos intentos por salvarlo de la ruina. El intento mayúsculo al que hoy estamos asistiendo, toda esa energía y esa juventud que ha venido a sacudir el polvo de las butacas, a los viejos nos llena de alegría y de nostalgia.



Teatro Montalvo en agosto de 2018, en pleno periodo de acondicionamiento por parte de la compañía Le Corps d'Ulan (foto de Le Corps d'Ulan)

Arriba, representación teatral en el Montalvo en la década de 1950 (foto cedida por la familia Escriña)



LUGARES DES-HABITADOS

David Julián - Compañía de teatro Le Corps d'Ulan

Si nadie nos hubiera dicho nada, todo seguiría igual. Las butacas seguirían vacías y cubiertas con el polvo blanquecino de extintores desparramados, las moquetas embadurnadas con mierda de perro, gato o sepan los dioses qué, la palomina devorando los falsos techos de cáñamo y escayola, rebajando las estancias de belleza... Si nadie nos hubiera dicho nada, no lo habríamos hecho, Moisés P. podría haber silenciado su ilusión y haberse callado, total, qué nos podía importar a nosotros otro edificio muerto, deshabitado, olvidado... Pero el día que Beatriz M. nos abrió las puertas del Montalvo, se puso en marcha nuestra fascinación por la memoria, por las *habitaciones propias*. Es nuestra forma de oponernos al individualismo, ese que nos convierte en esbirros de la nada. Porque la nada es tan fortuita y tan casual y tan estúpida que hasta duele su extraña permanencia en el tiempo.

Pero el dolor en Le Corps no es una categoría permanente, apenas se dilata en *nuestro tiempo*, porque para Le Corps no existen *las nada*s. La filosofía Le Corps es un ejercicio muy simple: no hay lugares deshabitados, hay lugares poco imaginados. Para nosotros poner un pie en un lugar deshabitado es poner un pie en un ente de múltiples interpretaciones. Ese es nuestro carácter, esa es nuestra épica y, también, cómo no, nuestra vulnerabilidad. Nos resistimos a ser cómplices de *las nada*s. Somos seres de acción directa. Creemos que lo deshabitado es un estado psicológico que puede discutirse con la imaginación, y que la imaginación tiene más presencia que lo tangible.

Y fue poner un pie en el Montalvo y estallamos de imágenes. Y nos reímos mucho fabulando con un teatro lleno de gente irritada, de gente satisfecha, de gente enaltecida, de gente enrabietada, de gente alterada, de gente aburrida, de gente enamorada, de gente apasionada, de gente triste y feliz, llorosa y catárti-



Representación de *El círculo de la vergüenza*, Le Corps d'Ulan (foto de pepe h)

Otro momento de *El círculo de la vergüenza* (foto de Gustavo Recuero)

ca... Nos imaginamos —a fin de cuentas— un teatro lleno de gente *habitada*. Porque cuando la emoción habita a un individuo, se puede decir que salva su existencia.

Y esto es para nosotros el Montalvo, un lugar para desprendernos definitivamente de *las nada*s, esas *nada*s que destruyen a los seres humanos por aburrimiento. Porque sabemos que se necesita un punto tan solo, un minúsculo punto de apoyo para poder contemplar una vida vivida como un verdadero todo.

El Montalvo os espera —nunca dejó de hacerlo, nos lo han dicho sus paredes y sus quejidos—, y ojalá podamos hacerlo de todos. Hacer un lugar abierto, vivo, flexible... Un lugar inundado por el imaginario colectivo de la ciudadanía. Aquí habrá de todo, pero sobre todo, no habrá *nada*s que nos llenen de congojas.

¡Larga vida al Montalvo!



ARACELI TABANERA

Edu Capuz

La luz de la ventana, a su espalda, convierte su pelo en un halo; de sus facciones solo se aprecian los contornos con nitidez. Su sonrisa envuelve las frases.

Me encuentro con Araceli Tabanera, en su despacho, en Madrid. Con los movimientos de sus manos adorna sus recuerdos. Las fechas son imprecisas. Allá por principios de los años setenta se creó la Fundación Cultural de Cercedilla —una llamada a Tomás Montalvo y precisa la fecha, 1970—. Dos mujeres en el comité fundador: Araceli y Arancha Yarza. No quiere Araceli que me olvide de citar a Santiago Herraiz, enérgico impulsor de la Fundación desde sus inicios.

Si bien en el momento actual abundan las asociaciones culturales, en el año 1970 la iniciativa para su creación resultaba insólita en el panorama político de la época. La Fundación Cultural de Cercedilla tuvo que nacer como Sección Cultural del Club Atlético de Cercedilla para sortear el veto del gobernador civil de la provincia, receloso de las agrupaciones de personas. En los primeros momentos hubo reticencias de algunos vecinos de Cercedilla, que consideraban a la Fundación Cultural como un lugar reservado a cierta élite, pero su tra-

yectoria inmediata de imbricación con la vida del pueblo hizo que esta impresión fuese cambiando.

De esta Fundación nació la Semana Cultural de Cercedilla, con recitales de poesía, concursos de relatos, conciertos, proyecciones de películas y otras actividades, en las que colaboraban tanto el Ayuntamiento de Cercedilla, facilitando todo lo necesario para su realización, como otras personas implicadas directamente en su organización, entre ellas, Luis Rosales, Enrique Casamayor, Alfonso Moreno —entonces subgobernador del Banco de España—, Fernando Quiñones, Félix Grande, Francisca Aguirre, Manuel Viola, Adolfo Marsillach, Paco Acaso, Miguel Acquaroni, etcétera.

Recuerdos desordenados que se atropellan unos a otros, pero intuyo en sus ojos uno muy especial: allá por el año 1975 o 1976 la Fundación Cultural creó las Aulas de Naturaleza, campamentos de verano para niños y niñas, sin significación política alguna. Las primeras ediciones —dos o tres

años— se hicieron en la pradera de Majavilán, otros años en el cerro de la Hornilla, junto al campamento organizado por la OJE (Organización Juvenil Española), y otros más en el Campamento de Las Cortes, junto al camino del Calvario, de subida al puerto de Navacerrada.

La organización corría a cargo de voluntarios: Araceli, Arancha Yarza, Pura Méndez, Tomás Montalvo y Santiago Martín, y además contaban con la colaboración de los padres de los niños y del Ayuntamiento.

Entonces no existían títulos de Monitor de Tiempo Libre, ni el precintado de comidas, ni otras medidas que ahora se exigen para el desarrollo de actividades de este tipo, pero había mucha ilusión, la que aflora ahora en los ojos húmedos de Araceli al evocar sus recuerdos. Florencio, biólogo, se encargaba de la enseñanza, desde el detalle más mínimo de la estructura corporal de una hormiga, hasta la comprensión del paisaje en las excursiones que realizaban al puerto de



Araceli Tabanera en la Feria del Libro de Torreldones (foto de la colección de Araceli)

la Fuenfría o al Montón de Trigo. Se dotó a cada alumno con una cámara fotográfica con la que podían retratar aquellos elementos de la naturaleza que les llamasen la atención. Tenían un buitre leonado y un alimoche cautivos que los alumnos se encargaban de alimentar, dos ejemplares no recuperables para su suelta que cedía, durante el periodo de duración del campamento, el entonces Centro de Recuperación de Aves Rapaces, situado en la Casa de Campo. Por las noches, reunidos en torno al fuego de campamento —hoy impensable—, escuchaban «las cánticas de Federico» y las historias de padres y otros vecinos de Cercedilla.

La disciplina existía, pero era más laxa que en los campamentos de la OJE, con los que compartían cocinas y vecindad cuando se hicieron en el

cerro de la Hornilla, o Campamentos de Peñota. No había un catálogo de normas estrictas, sino que estas se iban configurando con la marcha. Se asignaban pequeñas responsabilidades a los alumnos, que hasta los más rebeldes asumían con agrado. La comida la trasladaban en el Citroën Méhari de Santiago Martín, Tomás sujetando el perol con las piernas para evitar que se derramase con los baches del camino.

Araceli perteneció a la primera ejecutiva de la Sociedad de Mozas de Cercedilla, y ejerció su presidencia desde 1977 a 1981. Se fundó en 1975, y fue, junto con otra asociación de Valdemorillo, la primera asociación de mujeres de la época. Nació con el objetivo de convertirse en una plataforma aglutinadora, en un intento de aproximar a los veraneantes con los vecinos

de Cercedilla al promover actividades en las que todos cupiesen, y con la intención de integrar a las mujeres en la vida del pueblo, proyectando su labor a lo largo del año, no circunscrita únicamente al ambiente lúdico de las fiestas patronales. Así se organizaban elaboradísimas yincanas, juegos para niños y adultos, concursos infantiles de poesía y de prosa. La mayor parte de las veces la dotación de premios corría a cargo de Julián Iglesias, jefe del Departamento de Publicidad de una conocida compañía petrolera.

Todas las actividades de cualquier índole necesitaban el beneplácito de la Dirección General de Policía, que denegó la autorización para la celebración de una becerrada a cargo de mujeres que organizó la Sociedad de Mozas, por lo que, con el apoyo del alcalde de entonces, Miguel Arias —uno de los



Araceli (tercera por la derecha) en el primer Campamento Experimental Majavilán (Aulas de la Naturaleza), de 1976, junto a otros compañeros de la Fundación Cultural, colaboradores, niños participantes y padres. De derecha a izquierda reconocemos a Santiago Martín, Tomás Montalvo, Araceli Tabanera, Santiago Herraiz (detrás de un niño) y Enrique Espinosa, entonces alcalde de Cercedilla (foto procedente del libro de fiestas de Cercedilla de 1977)

muy pocos alcaldes de la época cuyo cargo no coincidía con el de Jefe Local del Movimiento, y que mostraba gran disposición para al desarrollo de actividades lúdicas y culturales—, se recurrió al ardid de presentar a las matadoras con nombres masculinos. La becerrada se celebró.

También con grandes dificultades, la Sociedad de Mozas consiguió ofrecer un concierto de Jarcha en la plaza de toros. Entre los asistentes, dos grupos de personas de ideologías enfrentadas que ocuparon gran parte del tendido y del ruedo. Para frenar la hostilidad que se estaba generando, Araceli se acercó a uno y otro grupo pidiéndoles recato en sus manifestaciones. Después del concierto se montó la algarada, pero al menos consiguió que durante su transcurso reinase el ambiente festivo con el que se había concebido.

La actividad de Araceli se extendía más allá de los límites del pueblo. En su papel de colaboración con una Funda-

ción de Ayuda a los Presos, involucró a Luis Rosales para la organización de un concurso de relatos en la cárcel de Carabanchel, que consiguió muy altos niveles de participación, para asombro del poeta.

Allá por el año 1976 la Fundación Cultural creó las Aulas de la Naturaleza

Resume sus diversas funciones en distintos ámbitos como una lucha para abrirse paso en un mundo hostil de poderes establecidos, tanto más en su oficio de abogada de lo penal, habiendo sido una de las primeras mujeres que ejercieron la profesión en esta rama de la abogacía. De su etapa en la Fundación Cultural y en la Sociedad de Mozas de Cercedilla, quedan en su memoria el esfuerzo, las ganas, la implicación de los vecinos y el Ayuntamiento, el sentimiento de compromiso colectivo.

Año 1951. De resultas de una gran nevada, Araceli Tabanera había nacido en la calle del Carmen, en Cercedilla, en la casa de sus padres, pues las carreteras se encontraban impracticables para desplazarse hasta un

hospital. Posteriormente se mudaron al barrio de San Antonio, donde aún se conserva la casa familiar. Frena las palabras para hablar de su infancia: «Fui muy feliz. Cercedilla era un lugar lleno de vida, con relaciones estrechas entre los vecinos». Cuando tenía doce años se fueron a vivir a Madrid, pero los fines de semana y periodos de vacaciones seguían viniendo en el viejo y asmático Land Rover familiar.

En unos pocos meses se viene de nuevo a vivir a Cercedilla, en octubre se jubila de su actividad principal como abogada, aunque no del todo, seguirá con el turno de oficio y participando con múltiples asociaciones: Abogados sin Fronteras, Médicos del Mundo, Amnistía Internacional, y colaborando de forma más activa con organizaciones de lucha contra la desigualdad de la mujer en países del Tercer Mundo y de las personas más desfavorecidas. Y desde luego, participará con la Sociedad de Mozas, con la Asociación de Mujeres Siete Picos..., en fin, no parará.

Cuando terminamos la entrevista, la tarde se desvanece tras la ventana, su sonrisa nunca.

LAS MANOS MÁGICAS

Virginia Rodríguez y Rafael SM Paniagua

Así nos la imaginamos:

Desde pequeña su madre le enseñó a encontrar paz y alegría en los movimientos precisos de las manos para dar forma a los materiales y convertirlos en objetos útiles y bellos. Materiales corrientes: tela, barro, piedras, cuero, papel. Con el tiempo, sus manos prefirieron sobre todo el tacto del barro y se hizo ceramista.

No nos importa admitir que todas las mitologías que rodean al artesano están aquí funcionando sobre la imagen de Claudia Molpeceres. Las artes plásticas, la artesanía, los oficios manuales... El encanto y la gracia que emanan, su llana poesía objetual. Sentimos una nostalgia inventada por los objetos que se hacen con las manos, que se introducen en el mundo como la conclusión de una intervención física sobre la materia. Nos imaginamos un ciclo maravilloso de intimidad y encuentro: la mano coge la herramienta, la mente se concentra intensamente en la precisión del gesto, la respiración marca el ritmo... y una se reúne consigo misma; luego, el objeto sale al mundo para reunirse con los otros a través de la utilidad y la belleza. Y en ese gesto se cuelan también las banalidades de la vida, los despidos, los afectos.

En este pueblo hay forjadores, ebanistas, costureras, encuadernadores, pintoras, estampadores, curtidores, diseñadores, anticuarios... Algunos de ellos se juntan en la Asociación de Artistas y Artesanos de Cercedilla y organizan talleres, ferias, exposiciones.

Este verano, la Semana Cultural nos invitó a una exposición singular. Se tituló

Piezas del taller de Claudia Molpeceres en Cercedilla, la exposición caminada (foto de Marta Estévez Fuster)

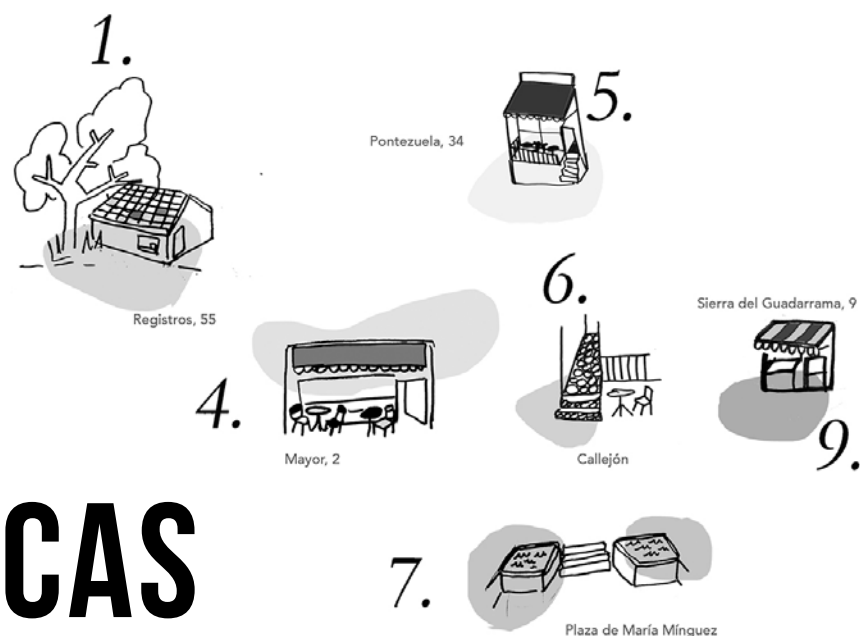
Arriba, fragmento del mapa-cartel que guió el recorrido (ilustraciones de Rafael SM Paniagua)

Cercedilla y se presentaba como una «exposición caminada». En el taller de la Asociación, durante el año, Claudia Molpeceres (con la complicidad del Rafael que firma) estuvo haciendo con los niños piezas de cerámica esmaltada que después habrían de encontrar su lugar en las calles del pueblo, un lugar exacto y efímero. Muy temprano, el día de la exposición, colocaron cada pieza en su lugar. Habían convocado a los amigos y a los curiosos en la casa de las tejas, en la calle Registros 41. La dirección estaba mal en el plano del recorrido con los hitos, pero el dibujo era inconfundible y nadie se perdió. Esas tejas de colores brillantes en medio del pueblo, entre todos los otros tejados, hacen sonreír a la gente que pasa: ese fue el proyecto de final de estudios de Claudia.

Y ahí comenzó nuestro paseo al encuentro de las intervenciones: pasteles de cerámica en La Florida; cagallones y cucarachas de cerámica en el callejón; una *Alicia en el País de las Maravillas* de cerámica en la librería de Rafael y Violeta; un tapeo de cerámica en La Venta Vieja; ballenas, pulpos y peces fantásticos de cerámica en las fuentes; letras de cerámica

colgadas de las barandillas y de las ramas en el rincón de Gloria Fuertes; setas de cerámica a la sombra de los pinos... Magia: lo inerte cobró vida y un puñado de gente diversa se dejó seducir por la sorpresa, a veces delirante (¡hallazgos arqueológicos en el centro cultural Luis Rosales!), otras misteriosa («alma», se leía en la casa abandonada de la calle del Bautismo). La mañana terminó con un picoteo en el taller del que habían salido las piezas. Varios días después, la llave de cerámica colgaba aún de la verja de la iglesia de San Sebastián.

Posiblemente esta haya sido la primera intervención artística en la historia de Cercedilla que tiene el pueblo entero por escenario, y fue obra de los hijos de sus vecinos. Las puertas del taller están abiertas todo el año. Algunas personas buscan hacerse una vajilla, otras mantener a raya el estrés, otras fabrican maravillas o bagatelas. A todas las mueve «la discreta aspiración de que no haya en nuestras casas nada que no haya supuesto un goce para la persona que creó el objeto y para la que lo emplea. Nada de explotación, nada que no sea útil y hermoso», como decía William Morris.



LEFKA ORI

Pedro Sáez

En el sur de Creta hay montañas de dos mil metros que caen a pico sobre el mar. Solo algunos desfiladeros rompen esa barrera rocosa, adentrándose en el interior de la isla y ascendiendo hacia las Montañas Blancas, las Lefka Ori, que se llaman así no solo porque la nieve permanece en ellas hasta bien entrada la primavera, sino también porque están formadas por hermosas calizas de color especialmente claro. Son las gargantas de Agia Irini, Samaria o Imbros, estrechas y altas, con unas dimensiones oníricas: pasillos de roca que apenas superan los tres metros de ancho, pero cuya altura se eleva por encima de los trescientos.

Es en esos escenarios irreales, de cuento fantástico, donde se desarrolla también uno de los episodios más formidables de la Segunda Guerra Mundial: la captura del general Kreipe, gobernador alemán de la isla.

Tras su secuestro a las puertas de Villa Ariadna, cerca de Cnossos, los partisanos cretenses y los agentes británicos que han llevado a cabo la acción huyen hacia las montañas en espera de embarcar al general con destino a Egipto. Durante dos semanas se esconden en las sierras, moviéndose solo de noche. Cruzan las laderas nevadas del monte Ida y se guarecen en sus numerosas cuevas y barrancos. El general está herido en una pierna y ralentiza el movimiento del grupo, quizá en espera también de un rescate por parte de los suyos.

En cualquier caso, está obviamente desmoralizado (¡a ningún otro general del Reich le ha pasado esto!). Desde las alturas del monte Ida, los atardeceres son, por supuesto, extraordinarios: el

mar de Libia está ahí abajo y tiene un denso color oscuro y aceitoso. El general Kreipe, mientras contempla uno de esos atardeceres bellísimos, deprimido por el cautiverio, comienza a recitar una égloga de Horacio en un perfecto latín de alumno de *Gymnasium* alemán. En un momento dado, su voz se detiene y detrás de él, con un acento diferente, otra voz continúa el poema en el punto exacto donde él lo ha dejado. Es también un latín perfecto, quizá aprendido en el mismísimo Cambridge. Kreipe se vuelve sorprendido y se encuentra con la simpática mirada del agente británico Patrick Leigh Fermor, el auténtico protagonista de esta historia.

En su magro equipaje, Patrick Leigh Fermor ha llevado siempre los poemas de Horacio. No ha sido en absoluto un buen estudiante, más bien lo contrario, díscolo, perezoso, inadaptado, pero aquello que le gusta lo hace muy bien. Y lo que le gusta es leer a Horacio, viajar, escribir y capturar a generales del Tercer Reich.

Con apenas dieciocho años, Patrick había emprendido una formidable aventura. Algo que es ahora completamente normal (cruzar Europa de lado a lado, en el interrail, por ejemplo, casi como un paso más en la formación de los jóvenes europeos) en aquellos tiempos, y para un chico de dieciocho años, era una excentricidad. Y Patrick no parte hacia lugares exóticos, algo al alcance de los súbditos del imperio (de hecho, su padre estaba destinado en la India), sino que se adentra en el corazón de la vieja Europa. No remonta el Nilo ni el Zambeze, ni se adentra en las misteriosas y terribles márgenes del Congo, como Conrad, sino los muy europeos, civilizados y burgueses Rin y Danubio, camino de Estambul. Porque Patrick presiente que el corazón de las tinieblas se encuentra en esos momentos en el centro mismo de Europa. Y con la misma precisión que la que sucede casi todo en su vida, acierta.

Muchos años más tarde, Patrick, o Paddy, como le llaman sus amigos, ya que su

ascendencia es irlandesa, volcará ese viaje iniciático en un libro de título feliz: *El tiempo de los regalos*. Sí, Patrick cruza Europa como un vagabundo, un tipo simpático, entusiasta, rebotante de juventud y curiosidad; y unos días duerme en un pajar y otros en un palacio; unos días come gachas y otros caviar. A su paso por Alemania, aprende que muchos no apoyan a Hitler, ya instalado en el poder, pero que tampoco harán nada para detenerlo. Observa cómo las camisas pardas, las cruces gamadas, los desfiles militares empiezan a ocupar todos los espacios públicos sin que esas gentes contrarias se atrevan a oponerse.

Pero él, como otros muchos, sí tendrá que hacerlo más adelante. Y en su caso de una manera extraordinaria. Solo hay una acción de la resistencia europea comparable a la de Leigh Fermor, por lo menos en lo que se refiere a la jerarquía que sufre el ataque: el atentado contra Heydrich, en Praga. A diferencia de los agentes checoslovacos, Jan Kubis y Jozef Gabcik, finalmente abatidos por los nazis, los protagonistas de esta hazaña griega acabarán felizmente su misión. Pero antes de culminarla, Patrick

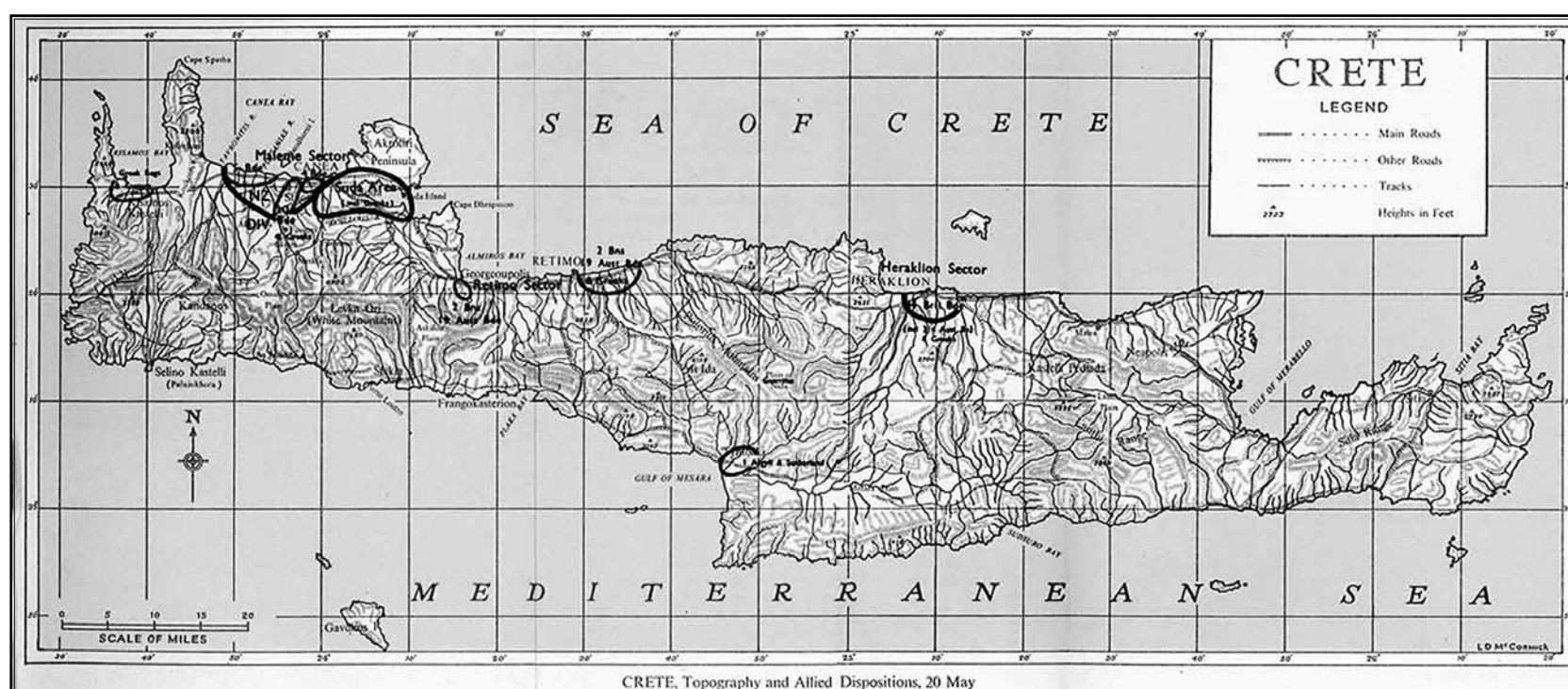
recita a Horacio en el monte Ida, junto a su prisionero, el general Kreipe. Cosas de las élites, capaces de reconocerse en la alta cultura más allá de las guerras que las enfrentan. Unos días más tarde, logrará embarcarlo rumbo a El Cairo.

Pero Fermor volverá muchas veces a la isla. Acabada la guerra se quedará, de hecho, a vivir en Grecia, sobre la que escribirá hermosos e imprescindibles libros que todo viajero que desee profundizar en este fascinante país debe conocer.

Leigh Fermor logra, por tanto, varias hazañas: unas, militares (o, más bien, guerrilleras, como una especie de Lawrence de Arabia entre griegos en vez de entre árabes), y, otras, literarias. Entre estas últimas, elevar el género de viajes a la más alta categoría artística. No solo lo convierte en ensayo, sino también en poema.

Fascinado por las historias de Leigh Fermor, en una ocasión viajé a Creta. Llevaba sus libros en la mochila y me disponía a recorrer, como él, las montañas de la isla. Dejé atrás Heraklion, la bulliciosa capital cretense, y un auto-

bús de línea me llevó por la costa norte hasta la ciudad de Chania. Chania tiene a partes iguales edificios venecianos y turcos, callejuelas con gatos dormidos en los alféizares y patios llenos de buganvillas. Muchas civilizaciones han pasado por Creta y ninguna lo ha hecho en paz. Venecianos y turcos saben del indomable carácter de los isleños. Los cretenses se han opuesto ferozmente a todas las invasiones. Yo, desde luego, no me metería con ellos. En todas las librerías de allí se encuentran unos manuales en lengua alemana que instruyen a los turistas germanos sobre cómo comportarse para evitar altercados: los cretenses aún no han olvidado los años sangrientos de la ocupación. Para Leigh Fermor ellos son los últimos guardianes de la esencia griega, pero no la de los filósofos, sino la de los andantes, los feroces guerreros de las montañas. En cualquier caso, hay que decir que son amables con el viajero, pero no serviles. Al contrario, una constante altivez y una sobria elegancia los acompañan siempre. Los ancianos, rigurosamente vestidos de negro, se sientan en los cafés y hablan mientras repasan las cuentas del rosario. Casi todos tienen el pelo, los bigotes y las barbas de un



Mapa de la operaciones aliadas en Creta en mayo de 1941

MONTAÑAS CONTADAS

blanco perfecto. No es raro encontrar popes ortodoxos con sus vestidos talarés y sus melenas recogidas en coletas hasta la cintura. Es un lugar de otra época. Es el lugar donde nació Zeus y su delirante orografía creó el mito del Laberinto y el Minotaruro. Solo un lugar con barrancos de las dimensiones desmesuradas que tienen los de Creta puede alentar una estructura mental y mitológica como la del Laberinto.

En la ciudad hay popes y en la montaña también. Pequeños cenobios colgados en los acantilados o ermitas perdidas en un risco albergan a estos monjes hirsutos. El interior de las ermitas es fresco y guarda iconos enmohecidos y venerados. Muchas de estas ermitas inaccesibles fueron el refugio de los guerrilleros. Los popes eran tan beligerantes como los pastores o las campesinas. En las montañas también se les puede ver a ellos y a ellas. Las cabras, por su parte, dominan las alturas y con su leche se producen unos quesos excelso que saben a hierbas aromáticas. La isla es una explosión de aromas a tomillo y a lavanda. Leigh Fermor explicaba que, al acercarse en barco desde Egipto, mucho antes de que fuera visible la silueta de sus montañas, se podía percibir el olor de las flores.

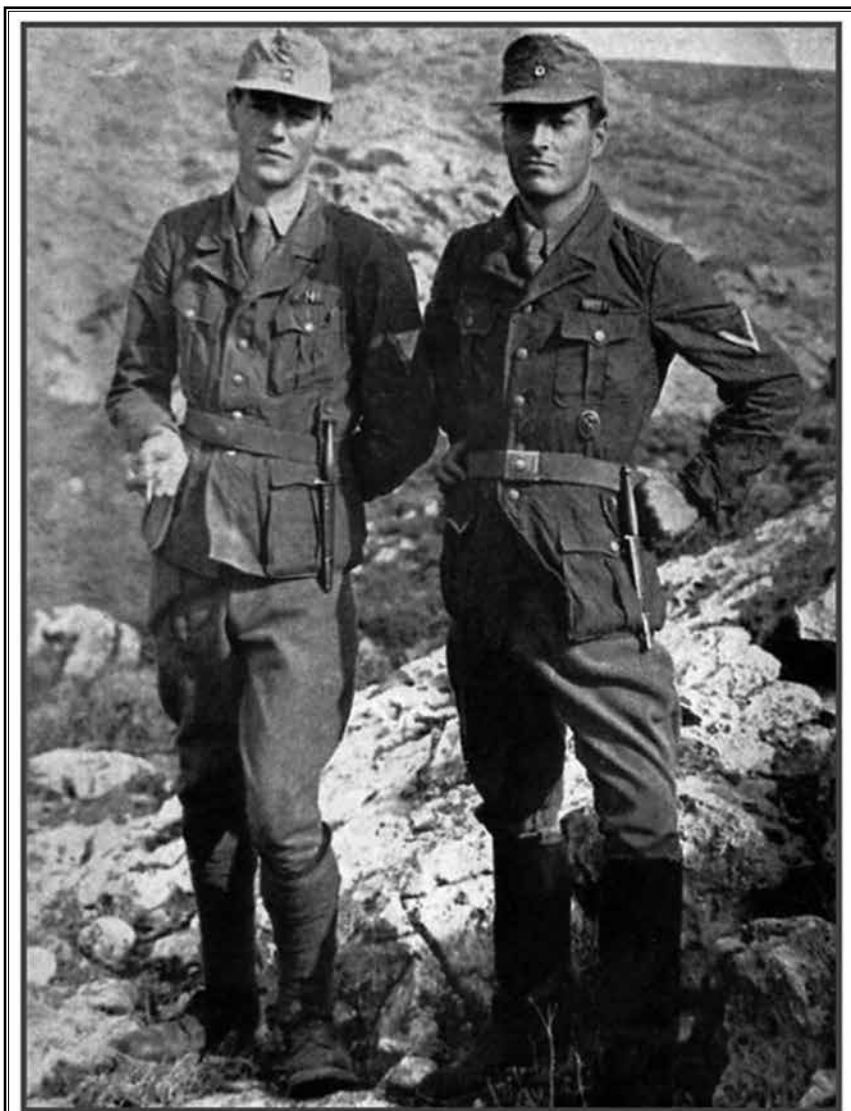
El sendero E4 transcurre por el sur de la isla, remonta y desciende las mismas gargantas desde las que los cretenses se han enfrentado a todas las invasiones. Tiene pasajes literalmente colgados en el vacío de los acantilados y otros que recorren las cimas desoladas de las Lefka Ori, páramos kársticos donde el sol en verano es un martillo y las rocas arden. En otras ocasiones la ruta se adentra por gargantas de un verdor insospechado. Las surgencias de agua crean jardines umbríos donde no es raro encontrar árboles de estirpe atlántica, como los arces. En esta isla, como en muchos

lugares de los Balcanes, crecen naturalmente árboles que nosotros solo conocemos como especies ornamentales. Así, los plátanos y los cipreses, que forman espesos bosques por las laderas, rodean los pueblos blancos y le dan al paisaje un pintoresco halo romántico. Más abajo, los olivos producen uno de los mejores aceites del mundo.

bas, que nos permite disfrutar de las alturas y bañarnos en el mar de Libia. El mejor mes es octubre: no hay nieve ni excesivo calor, no hay casi gente y el baño sigue siendo una delicia. Es fácil alojarse en pequeños hoteles o en casas particulares. Yo lo hice sin reservar, y se puede prescindir de mediadores tipo AIRbnb. En la zona alta solo hay un refugio guardado, pero muchas cabañas de pastores os acogerán sin problemas.

No he hablado de Cnossos. Creta es la cuna de la civilización minoica, de la civilización europea, y valdría la pena ir a Cnossos si no estuviera tan masificada. Pero os cuento un secreto: se pueden ver ruinas minoicas y griegas si se sigue la ruta E4 con los ojos bien abiertos. También vale la pena tumbarse en una playa del sur de Creta en una noche de luna llena e imaginar un desembarco de los agentes británicos que acudían a combatir junto a los andartes. El lugar es mágico y la imaginación se dispara. Sin embargo, el dato que apunto ahora es rigurosamente cierto. Aunque la más conocida relación entre Creta y España nos la ofrece la pintura (El Greco, ese pintor tan toledano, era cretense), hay además un vínculo insospechado. Cuando los alemanes tomaron la isla, en 1941, en la famosa batalla de Creta, una brigada del ejército británico recibe la orden de detener a las tropas alemanas en las Lefka Ori, de tal forma que el grueso de los soldados puedan ser evacuados desde las playas del sur. Esa brigada estaba formada por republicanos españoles. Algunos de ellos no pudieron escapar y se quedaron en la isla, en el Laberinto. Quiero imaginarlos acompañando a Leigh Fermor por las montañas blancas de Creta, por sus gargantas imposibles, en la búsqueda incansable del Minotauro.

TRIBUNA ABIERTA: cualquiera que tenga algo que contar sobre montañas y alpinismo dispone de este espacio para hacerlo.



W.S.M. ("... an Englishman dressed up as a German leaning against the bar at the Berkeley") and Paddy ("... so much the dashing Teuton that beside him one felt uncomfortably close to the genuine article")

De nuevo sobre la ruta, hay dos opciones: la marítima, paralela a la costa y que atraviesa pueblos pequeños con calas de ensueño, y la de las colinas, que se dispara por sendas vertiginosas hasta los 2400 metros. En invierno este recorrido es rigurosamente alpino. En verano debe evitarse por el excesivo calor y la escasez de agua en las cumbres calizas. Pero cabe una tercera opción, que recomiendo: una combinación de am-

UN DESVÁN EN CERCEDILLA

Luis Mateo Díez

Los desvanes han sido siempre los espacios más propicios para instalarme en la vida.

Siempre he tenido la suerte de contar con un desván a modo de refugio, no exactamente de retirada del mundo, sino de albergue de mi imaginación y, en lógica consonancia, de reclamo de mi memoria.

El desván se compadece bien con el altillo, el sobrado, la buhardilla, lugares domésticos de almacenaje y olvido, sitios para dejar lo que no sirve cuando todavía se tiene la idea de que para algo valdrá, inquietos porque lo que se quita nos despoja de lo que fuimos, por pequeño que sea, la mera compañía de un enser, un mueble, un objeto de la más cotidiana realidad, pongamos por caso un espejo o una palangana o un perchero.

La verdad es que no he necesitado de esos desvanes atestados de las pertenencias del pasado, llenos de todo lo que algún avezado chamarilero hubiese requerido para el comercio menor de lo que ya no vale para nada.

Escribo en el desván, pero escribir en lo más alto no supone en absoluto gran altura de miras, apenas la atmósfera de esa necesidad que se establece como

algo favorable para el ánimo, si no me pongo estupendo y afirmo que de un lugar privilegiado se trata, reducto amoldable a mi imaginación y memoria, con el olvido como amenaza.

Un sitio, en cualquier caso, bueno para escribir y abarcable en mis recuerdos, un hallazgo placentero.

Lo encontré una vez más, seguro que la mejor y la definitiva, en Cercedilla, hace ya casi treinta años.

Todos mis veranos desde entonces comienzan y acaban allí, por lo que casi no sería imaginable, dada mi condi-

ción de escritor prolífico, cuantificar los papeles de tantas novelas, los infinitos folios que se fueron al garete o, finalmente, a la imprenta.

Soy un escritor de Cercedilla si asumo la responsabilidad de que en lo que se escribe cuenta mucho el dónde se escribe y yo lo hago desde hace tanto tiempo en el desván de Cercedilla, que me ampara con la luz de sus claraboyas abiertas al fulgor, a veces morado, de los Siete Picos.

Muchos papeles, mucho papel, qué suerte este nuevo *Papel* para el conocimiento y la amistad.



Ilustración digital de Daniel G. Pelillo

EL LABERINTO



Pablo Muñiz

*Si canto me llaman loco
y, si no canto, cobarde.*

Hace ya unos cuantos años, en una sidrería del norte, vi un cartel fijado con esmero en la pared que decía: PROHIBIDO CANTAR. Se me cayó el alma a los pies. Porque para mí no hay placer comparable

al de escuchar a la gente que canta, enardecida.

Siempre me llegó la música regalada. Primero las canciones del campo de mi abuelo, esas que hacen más llevadero el trabajo de sol a sol. Después las rancheras de mi padre para alegrar los viajes, a veces originales, otras improvisadas, casi siempre tergiversadas. Y todavía me faltaban un par de palmos para alcanzar mi estatura de hoy cuando mi hermano me llevó a lo *jondo* y me metí de su mano en el flamenco y en el folclore asturiano. Cantamos por los bares por las calles por los montes por las playas. ¿PROHIBIDO CANTAR?

La música es herramienta, es desahogo, es hermanamiento, es cortejo, es alegría, es dolor, pero sobre todas las cosas, la música es compartida. ¿PROHIBIDO CANTAR? La música es pueblo, es comunidad, es generosidad, es entrega. No pertenece a discográficas ni a sociedades ni a ayuntamientos ni a estados, jamás pertenece a un solo hombre. ¿PROHIBIDO CANTAR? Todavía en algunos países de esos que llaman subdesarrollados se

escucha cantar libre, espontáneamente, en el espacio público. Si el desarrollo es sustituir el ruido molesto de la voz humana por el armonioso sonido de los motores de explosión, que me subdesarrollen. ¿Qué daño puede hacer a los hombres sentir el ritmo y el compás, la melodía y la armonía? ¿O es que tal vez el hombre que canta su mal espanta y siempre es más fácil controlar a los desanimados? ¿PROHIBIDO CANTAR?

Nos ha arrollado la corriente del pensamiento único. Ahora las mascotas y los deportistas son dios, y comer morcilla, pecado capital. Ahora el deseo, si no se puede vender, no vale, y las doctrinas no se discuten, sino que se imponen por la fuerza de su omnipresencia. Ahora, aquí, hemos dejado de cantar.

Este sometimiento acabará haciendo de nosotros seres malhumorados y tal vez violentos. Así que, por lo que más queráis, cantemos para no olvidar de dónde venimos y recorrer juntos el trecho que nos quede hasta desembocar en ninguna parte.

Si alguien quiere cantar, que me siga.

LO QUE PINTA

DAVID SÁNCHEZ

David Sánchez (Madrid, 1977) es autor de novela gráfica. De él dice Albert Fernández: «El hombre que dibuja todas las portadas de Errata se ha convertido en un maestro del horror hermético, de la insania aséptica, de la narración dislocada, concisa y obtusa. En la tradición del mejor Charles Burns». Con *Tú me has matado* (Astiberri, 2010) ganó el premio al Autor Revelación en el Salón Internacional del Cómic de Barcelona 2011.

Después ha publicado, entre otras, *No cambies nunca* (Astiberri, 2012), *Videojuegos* (Astiberri, 2012), *La muerte en los ojos* (¡Caramba!, 2012) y *Un millón de años* (Astiberri, 2017). Colabora como ilustrador en publicaciones periódicas como *Cinemanía*, *Forbes* o *El Mundo*. «Quería mezclar un cóctel de drogas con una sesión de *ouija*, que sucediese en España y que todo tuviera el ambiente de las últimas películas de

Buñuel», dice él mismo a propósito de *La muerte en los ojos*.

David, desde hace un par de años, es vecino de Cercedilla. Pertenece a esa capa de la población que ha venido a encontrar aquí un buen lugar donde vivir y trabajar. Tal vez en sus próximos cómics podamos descubrir una huella de este pueblo en sus espacios alucinantes.



هذه الأرض ESTA TIERRA

المعطوي عبد الرحمان Abderramán El Matawi

Abderramán El Matawi llegó por primera vez a Cercedilla a causa de un error. Venía directamente de Marruecos («sin papeles ni dinero ni idioma», dice él, aunque hablaba árabe y francés, había cursado estudios universitarios y era un joven respetado en su comunidad) y, en Madrid, quiso coger el tren hacia Segovia para ir a buscar la ayu-

da de unos familiares, pero se equivocó y cogió el de Cercedilla. En la estación, tenía un par de horas hasta que pasara el tren que finalmente lo llevaría a Segovia, así que decidió subir caminando hasta el pueblo. Allí conoció a Horacio (no recuerda el apellido), un argentino que hablaba francés. Horacio le dio trabajo y vivienda. Veintisiete años después,

Abderramán sigue viviendo en Cercedilla. Hoy tiene nacionalidad española y, cada año, viaja a Beni Moussa para encontrarse con los suyos. Abderramán aprendió a escribir poesía leyendo a los poetas libaneses Gibran Jalil Gibran y Elia Abu Madi. Este poema lo escribió al poco de llegar, en la primavera de 1991; la traducción es suya.

خروج بلا عودة
أسميها العودة وأناديها
هلبوك وأشدُّ على يديك
قيودهم نار أحرقت
أحرقت كل شيء في ربيع حياتك
أرغموك على الركوع
فنسوا أنك السيد
فاندثر اللحم... وراح
تعالى دخانا
تعالى وصار عالٍ... عالٍ
لكن جاءت اليمامة
بيضاء... وتلتها
الغمامة... فأمطرت
فرفعت وجهك... لغسل
هموم قلبك... دموع عار فيك
وقم البعث في حلتها البيضاء
وتبعه الربيع
ومشيت بين زهوره
مرددا أنشودة الفرح

Podría llamarlo salida sin regreso, aunque...
Vuestras esposas, fuego.
Crucificado, esposado.
Sus esposas, fuego
que ha quemado la primavera de tu vida.
Te han obligado a arrodillarte
y han olvidado que tú eres el señor, ¡tú eres el señor!
Todo desaparecido.
El sueño de tu vida,
arriba, arriba,
humo que se aleja.
Pero después llega la bruma
blanca, blanca,
y te lava la cara triste,
el alma herida por el dolor profundo
de la emigración negra, oscura.
Entonces llega tu primera primavera en esta tierra.
Cantas entre las flores la canción de la alegría
y abrazas las piedras de estos pueblos.



EL TINTERO

Del mundo de las ideas a la realidad puede haber una gran distancia, a veces de años luz. Cuando pensamos en poner en marcha de nuevo esta revista, las ideas formaron castillos altísimos sobre la mesa. Algunas han conseguido convertirse en textos e imágenes; otras siguen ahí, en el reino de las ideas, fastidiosamente incorpóreas. Un ejemplo: al pensar en la gente que hace cosas con la cultura en este pueblo, nos salieron infinidad de nombres de músicos; entonces se nos ocurrió que estaría bien montar una «Cadena musical», una sección en la que cada vez

tomaría la palabra un músico para hablar de otro, y así sucesivamente, y que además se completaría con contenidos audiovisuales. Otro ejemplo: queríamos que en la revista hubiera mucho humor, chistes gráficos, parodias, caricaturas, críticas irreverentes..., y al final el resultado peca de excesivamente serio y correcto. Mucho fama y poco cronopio. Otro más: deseábamos que hubiera muchas voces de mujeres, y aunque las hay, en conjunto suenan más los graves que los agudos. Y el último: nos habría gustado que los jóvenes que escriben en este pueblo, con la colaboración de sus profesores del instituto, hubie-

ran tenido su hueco en estas páginas, pero esta vez fue el largo verano lo que vino a dar al traste con nuestro deseo. Echamos de menos también a los científicos y a los deportistas.

Así es la vida. Pero lo bueno de las publicaciones periódicas es precisamente que son periódicas: el espacio en blanco de lo que vendrá nos permite imaginarnos cómo podrá ir cogiendo forma lo que se quedó en el tintero.

CARTAS DEL LECTOR

Invitamos al lector a remitirnos sus críticas enfurecidas, sus propuestas geniales, sus cuchilladas y hasta sus elogios si se tercia. Le invitamos a convertirse en autor para poder a nuestra vez criticarlo sin piedad. Hemos tomado la palabra, pero no queremos apropiarnos del discurso. No os quedéis callados, por favor.

fundacionculturalcercedilla@gmail.com

Apartado de correos n.º 13 28470 Cercedilla - Madrid

EL PAPEL DE CERCEDILLA

